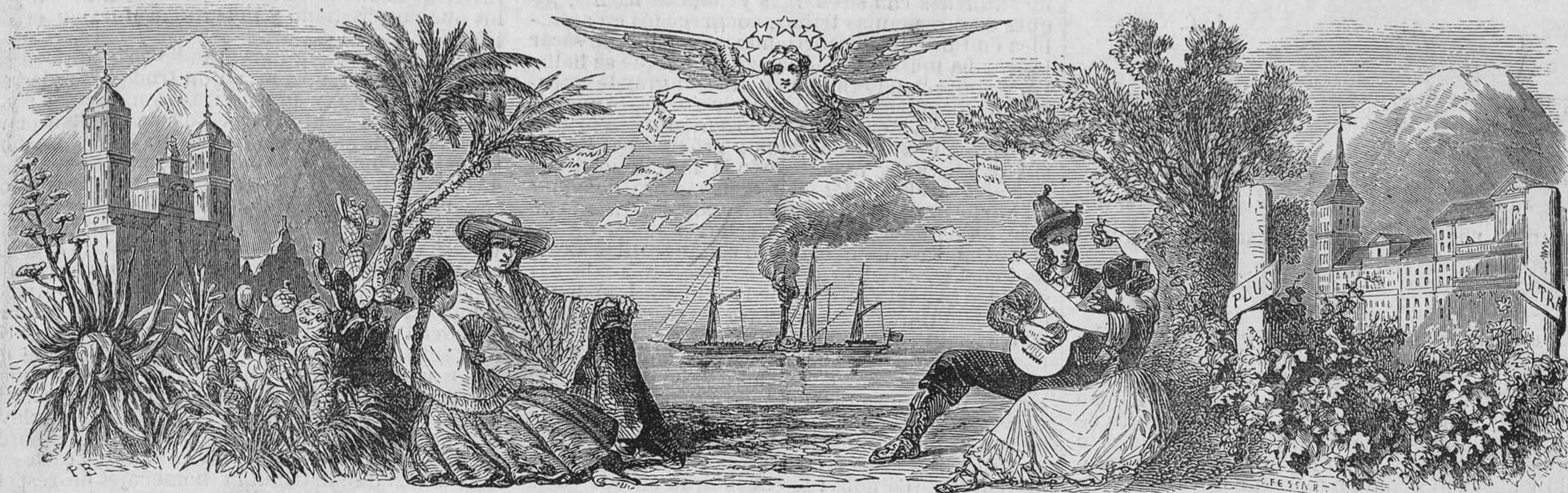


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1874. — TOMO XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 945.

Administración general, passage Sautnier, número 4, en París.

## SUMARIO.

**Belfort;** grabado. — **Estudios históricos.** — **Saint-Denis:** El fuerte de la Doble Corona; grabados. — **La Asamblea nacional de Burdeos;** grabados. — **Revista de París.** — **Poesía:** A una desdenosa. — **Angela.** — **Los caballos;** grabados. — **La Peña de Uruel,** por don Víctor Balaguer. — **Escenas de la vida inglesa.** — **La distribución de viveres regalados a la población de París por los ingleses;** grabado. — **Escenas del abastecimiento de París;** grabados. — **Bernabé Rudge,** novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **M. Versneider,** alférez de navío muerto el 2 de diciembre de 1870; grabado. — **Ovación a Víctor Hugo y a Luis Blanc,** a su llegada a Burdeos; grabado.

## Belfort.

Representamos en esta primera página de nuestro número la plaza que ha disparado los últimos cañonazos en esta guerra.

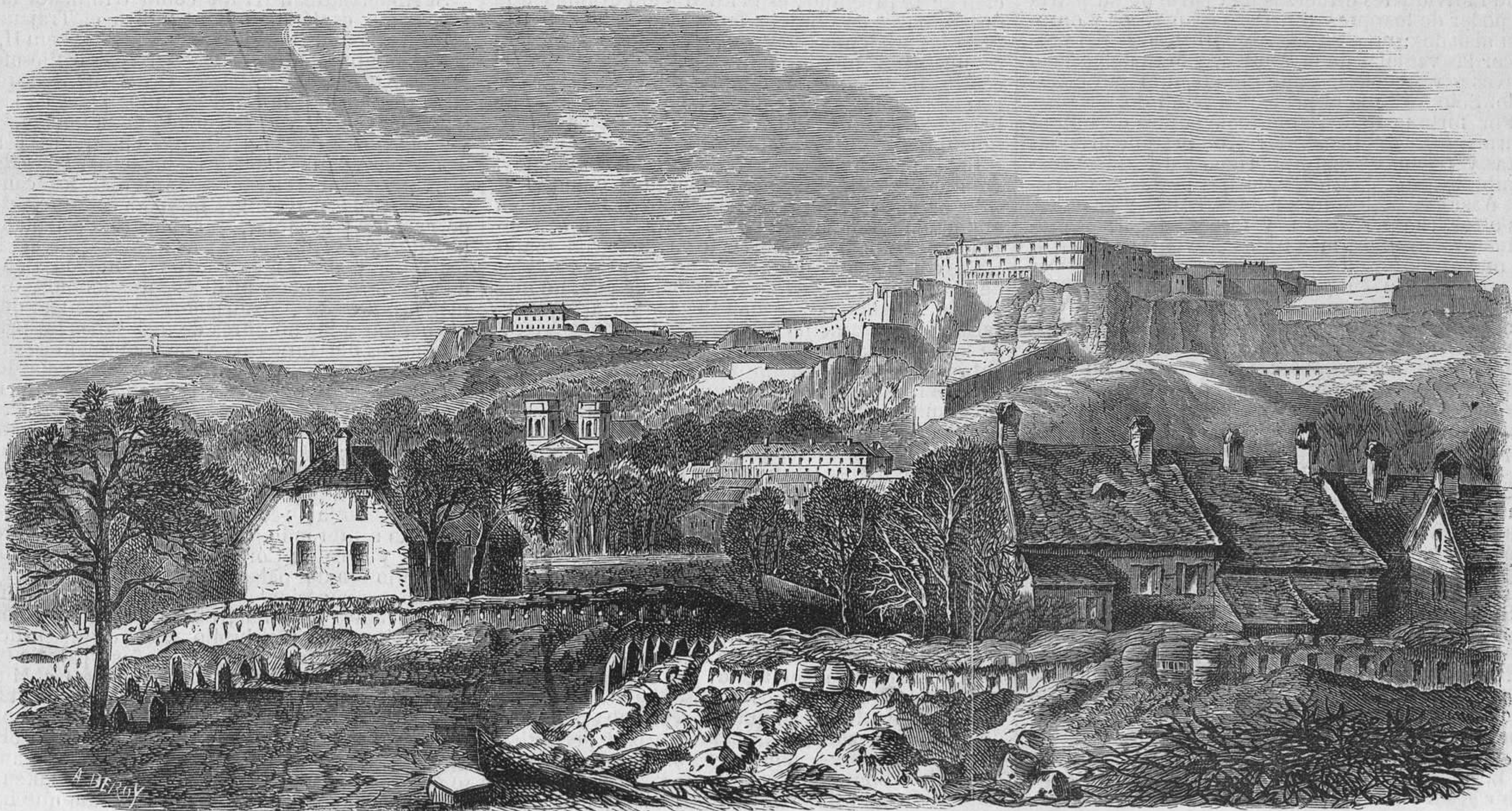
Belfort, cuyas fortificaciones son obra del célebre Vauban, es uno de los mejores puestos de defensa por la parte del Este que hay en Francia. La fortaleza se considera como inexpugnable.

Belfort, al mando del coronel Danfert, era la única plaza que resistía aun.

El convenio del 28 de enero de 1874, al estipular un armisticio general, habia reservado las operaci nes mi-

litares de los ejércitos del Este, cuya situación debia arreglarse ulteriormente, excepcion que motivaba la demanda formal de la Prusia para que se rindiera Belfort. Ahora bien, la condicion no se aceptó, el sitio debia seguir su curso, y como segun las últimas noticias que tenia el gobierno, el ejército del general Bourbaki parecia victorioso, habria sido imprudente cortar su accion cuando se suponía que podia ser favorable a los sitiados.

Desgraciadamente, mientras se debatían las estipulaciones, el general Bourbaki dejó el mando, y el trágico suceso que puso fin a sus esfuerzos coincidió con la retirada de sus tropas. La posición de Belfort se hacia, pues, cada dia mas difícil y se comprende, que no obs-



Vista de Belfort durante el sitio.

tante su bazarria, el comandante de la plaza preguntara si debía prolongar una lucha cuyo próximo fin era inevitable.

El gobierno francés pidió á la Prusia que la guarnición de Belfort pudiese salir con todos los honores de la guerra de la plaza que tan bien habia defendido. La condicion se aceptó, y las tropas salieron con armas y bagajes llevándose los papeles y los archivos.

L. C.

### Estudios históricos.

#### FUNDACION, ENGRANDECIMIENTO Y CAIDA DEL CALIFATO DE CÓRDOBA.

En uno de estos grandes movimientos y oscilaciones con que de tiempo en tiempo se ve marchar la masa general de la humanidad impulsada por la mano de Dios, el Oriente y el Mediodía habian sido arrojados sobre el Occidente. Los hombres de Asia y los hombres de Europa se habian lanzado sobre la vanguardia de Europa, y la habian arrollado y ahogado como un torrente. Un quejido de dolor resonó desde la confluencia de los dos mares hasta la cadena de los Pirineos. Era el lamento de la España moribunda; porque las naciones sienten la muerte y se quejan como los individuos. Todos creian que la España habia muerto, incluso los que se jactaban de haberla ahogado entre sus brazos vencedores. Pero la España vivia, y vivia sin saberlo ella misma, porque quedó aletargada. Era el principio del siglo VIII.

Comenzó á volver en sí, y el primer síntoma de su vitalidad se sintió en el fondo de unos riscos y en la concavidad de una gruta; de una gruta, el último asilo de la religion perseguida; de unos riscos, el postrer atrincheramiento de la independencia de los pueblos. Religion y patria era lo que hombres extraños habian venido á arrebatarse á los españoles: fe y libertad eran los dos principios vitales de España. El primer arranque de vida fué imponente y terrible. Sucedió el portentoso de Covadonga, y de la profundidad de un oscuro valle de la antigua Iberia salió una voz avisando al mundo que las soberbias huestes del Profeta de la Meca, que los orgullosos dominadores de Asia y de Africa habian dejado de ser invencibles en un rincón de España.

Al poco tiempo una voz semejante á la de Asturias resuena en otros valles y en otras rocas del Pirineo. Los cristianos del occidente, del setentrion y del oriente de España se responden como los centinelas que vigilan los puntos extremos de una ciudadela sitiada. Ha comenzado la lucha, y los oprimidos van rescatando á fuerza de heroísmo y de individuales esfuerzos una parte de su patria de poder de los opresores. Pero eran pocos y obraban aislados: no eran bastante ilustrados para conocer las ventajas de la unidad, y eran demasiado altivos para rechazarla aunque las hubieran conocido. Sólo los unia el principio religioso.

Por fortuna anduvieron todavía mas desunidos entre sí los conquistadores. Hombres de diversas razas y tribus, de distinto origen y diferentes costumbres, árabes, sirios, egipcios, persas, berberiscos é israelitas, los unos nobles, cultos y galantes, los otros rudos, groseros y feroces, fanáticos musulmanes los unos, mas tibios creyentes los otros, de mal grado sujetos los africanos á los asiáticos que los habian subyugado, unidos momentáneamente para la conquista, tan pronto como se vieron vencedores, desarrolláronse las rivalidades, las antipatías, los odios de casta y de tribu; los emires y wazires, los alcaldes y wazires se hicieron entre sí cruda guerra, y todo fué rebeliones, venganzas, turbulencias, desorden y espantosa anarquía. El emirato estuvo á punto de disolverse, y la España sarracena próxima á perecer destruida por la gangrena interior que corroia sus entrañas.

Sensible es que á enemigos de nuestra fe y de nuestra patria se les alcanzara en tal extremidad y angustia tan heroico, tan digno y tan eficaz remedio como el que buscaron, y pienso que se ha reparado poco en la grandeza de un hecho que pasó en nuestro pais.

Si hoy mismo, señores, si hoy, despues de los progresos que ha hecho la civilizacion, se ofreciera á nuestros ojos en cualquiera de las naciones modernas mas cultas, en medio de los estragos de una larga guerra civil y de los horrores de una prolongada anarquía, el espectáculo de una asamblea deliberando pacíficamente, sin acaloramiento, sin pasion y con dignidad sobre los medios de librar de la muerte el cuerpo social; si la viéramos concebir el atrevido pensamiento de fundar un imperio grande en una sociedad ya casi devuelta, ofrecer la diadema del proyectado imperio á un príncipe proscrito, desvalido y errante, resto de una familia recientemente exterminada, buscarle, sen-

tarle en el trono, y constituir un imperio sólido, fuerte, poderoso y estable, creo que no halláramos términos con que ensalzar la noble, la patriótica, la elevada conducta de aquellos hombres.

Pues bien, señores, esto lo ejecutaron hace once siglos los agarenos que habian venido á apoderarse de España. Yo no ceso de admirarme cada vez que me represento aquellos ochenta venerables musulmanes con sus largas y blancas barbas, jeques de otras tantas tribus, congregados en asamblea en Córdoba, discutiendo los medios de sacar la España musulímica de la agonía en que se hallaba, y proyectando fundar en ella un grande imperio independiente de Asia y de Africa. Aquellos hombres se acuerdan de un jóven é ilustré príncipe, pero que vagaba errante y prófugo por los desiertos africanos, mendigando la hospitalidad del desvalido y el sustento del menesteroso de aduar en aduar entre aquellas tribus salvajes. Este príncipe, único vástago de la preclara estirpe de los Beni-Omeyas que habia dado catorce califas al imperio de Oriente; el único que por una feliz casualidad se habia salvado de la universal matanza de su familia, ejecutada entre los alegres brindis de un festin alevosamente preparado en Damasco por los vengativos Abbassidas, por aquellos feroces Abbassidas que acababan de plantar sobre el trono imperial de Siria el negro pendon de Abul Abbas despues de haber desgarrado el estandarte blanco de los Omniadas: este príncipe es buscado en los desiertos de Africa por los enviados de los jeques de Córdoba: le encuentran en una cabaña y le brindan con un trono; le hallan vestido de harapos y le ofrecen un manto de púrpura; le recogen de entre beduinos y le traen á España á regir un imperio que han proyectado para él. El acuerdo de los jeques de Córdoba nos costó setecientos años mas de lucha. Era poco mas de mediado el siglo VIII.

Viene á España el jóven príncipe Abderrahman el Omniada. « Es digno de un trono este hijo de Moawiah, » exclaman millares de musulmanes andaluces, entusiasmados con su noble y gallarda presencia. Y le erigen un trono en Córdoba, y se funda el imperio mahometano de Occidente, emancipado del califato de Oriente. Rugen todavía desencadenadas las tormentas de las guerras intestinas, pero el jóven Omniada, brioso, activo y esforzado, empuña su cimitarra, combate, triunfa, castiga, perdona, sofoca las rebeliones, reorganiza la España musulímica y afianza su trono. Es un planeta de poderoso influjo, á cuya aparicion se calman las borrascas. En los periodos de sosiego embellece á Córdoba con alcázares, palacios, fuentes, baños y jardines: son las artes de Oriente que vienen á aclimatarse en el suelo español. En los jardines de la antigua colonia patricia donde nació y creció el célebre plátano de César, planta con su mano una esbelta palmera; símbolo del gusto y de la civilizacion oriental, que reemplaza al gusto y á la civilizacion romana. El mismo califa canta una balada á la reina de las selvas; es el genio poético de la Arabia representado por el jefe del Estado. Erige escuelas ó madrissas para la educacion de la juventud; es la ilustracion arábiga que quiere hacer de Córdoba la Bagdad de los estudios y de las academias. Da principio á la construccion de una gran mezquita que rivalice en esplendor con los mas suntuosos templos de Arabia y de Siria; es el fanatismo mahometano que se propone hacer de la ciudad de Andalucía la Meca de los musulmanes de Occidente.

Bajo el segundo califa (que así los llamamos, aunque ellos al principio se dieran el modesto título de emires), se acaba de levantar la soberbia aljama de Córdoba, el templo maravilloso comenzado por su padre, y fabricado en parte con materiales conducidos en hombros de esclavos y traídos de la derruida ciudad de Narbona, de allá, de mas allá de España, donde han llegado las armas sarracenas: monumento insigne del fervor religioso, de la grandeza, de la pompa y de los adelantos artísticos de nuestros dominadores.

Con el Califato de los Omniadas se entroniza y predomina en España la raza árabe pura, noble, ardiente, voluptuosa y galante, sobre las razas berberiscas, groseras, vengativas, traidoras y feroces. El árabe era galante y tierno, porque era culto y voluptuoso. Por eso aquellos califas guerreros y letrados enloquecian con las gracias y las caricias de una linda esclava, y erigian para ella alcázares suntuosos, y le consagraban jardines y versos, cásidas y joyas, y el mas despótico soberano de Oriente se hacia esclavo de la última de sus esclavas. El árabe era generoso y noble. Por eso un califa batallador abrazaba llorando cuando encontraba en el campo de batalla al hermano que aspiraba á derrocarlo del trono: por eso eran indulgentes con los cristianos sumisos, y respetaban á un sacerdote de Cristo que se presentaba desarmado y solo á ajustar un tratado de paz, y permitian llevar en procesion por entre poblaciones musulmanas las reliquias de un santo. Pero el árabe era impetuoso y ardiente. Por eso martirizaban á los que se atrevian á ridiculizar sus ritos ó á mofarse del Profeta: por eso cortaban las cabezas de los guerreros cristianos y las clavaban en los adarves de sus muros ó hacian pilas de sus cráneos. El

árabe era violento en sus pasiones y cruel en sus venganzas. Por eso degollaban sin piedad á los musulmanes disidentes, y saboreaban con bárbaro placer el espectáculo de trescientos cadáveres de otros tantos jeques revoltosos clavados en estacas festonando las márgenes de un rio. Esta mezcla de cultura y de ferocidad, de generosidad y de fiereza, explica la conducta de los califas españoles y el carácter de la lucha de los sarracenos entre sí, y de los pueblos cristiano y musulman durante el Califato.

Basta con que algunos grandes príncipes se sucedan sin interrupcion en un trono para dar engrandecimiento y prosperidad á un estado; y la estirpe de los Beni-Omeyas fué en esto tan privilegiadamente afortunada, que casi todos los soberanos de aquella ilustre dinastía fueron insignes, ó como políticos, ó como sabios, ó como guerreros: casi todos estuvieron dotados de cualidades eminentes. Por eso, al través de discordias intestinas y de guerras exteriores, crece el imperio y se engrandece el califato hasta hallarse en un grado de esplendor que asombra en el siglo X bajo Abderrahman III el Grande. Este esclarecido príncipe encadena con una mano el Africa á España, y con otra sofoca añejas rebeliones y da al cabo de dos siglos unidad al imperio. La fama de su grandeza vuela por el mundo, y embajadores de los soberanos de Constantinopla, de Alemania, de Esclavonia, de Francia, de Italia, de Navarra y de Barcelona, vienen á la corte del califa con cartas de amistad en que le tributan homenajes de respeto, y vuelven admirados de la magnificencia y agasajo con que han sido recibidos, mientras él da hospitalidad á un rey cristiano y le repone en el trono de Leon. Era un genio superior el de este califa, y era ya un imperio grande el de Córdoba.

Tipo de la cultura, de la magnificencia y de la galantería oriental este Abderrahman Al Nassir, construye y dedica á su esclava favorita para su recreo la mansion mas fastuosa que ha podido imaginarse, el célebre y maravilloso palacio de Zahara; el palacio de las quince mil puertas y de las cuatro mil trescientas columnas de preciosos y variados mármoles; el de los techos de cedro y los artesonados de ébano y de marfil; el de las fuentes de jaspe con cisnes de oro y los surtidores de azogue vivo que robaban sus rayos al sol; el de los bosquecillos de jazmines, de mirtos y de laureles con pabellones de mármol blanco y capiteles de oro; el de los arroyuelos, las flores y los perfumes; el de las siete mil esclavas y catorce mil esclavos para el servicio del califa y de la escogida de su harem. La mayor maravilla de aquella mansion de deleites es que parece una creacion fantástica y poética, y fué la realidad de la poesía. Abderrahman debió dar celos al autor del Coran, porque realizó en la tierra el paraíso que el Profeta habia prometido á los creyentes en el cielo, aquel paraíso de materiales placenteros que la imaginacion lúbrica de Mahoma habia inventado para ahogar la ardiente voluptuosidad de los árabes. Desde el palacio de Zahara solo la poesía ha podido crear tan deliciosas mansiones.

Si Abderrahman III fué como triunfador el César, como espléndido y magnífico el Trajano de los musulmanes, su hijo y sucesor Alhakem II, fué como hombre de paz el Octavio, como filósofo el Marco Aurelio del califato de Occidente. Este príncipe, mas dado á las artes y á los goces de la paz que á las glorias y al estruendo de la guerra, convierte las cimitarras y alfanges en arados y azadas, y hace de los soldados ganaderos, labradores, artesanos, comerciantes y mineros: los campos antes regados con sangre humana se vencruzados de canales y azequias, y cubiertos de frutales y plantíos, de verde yerba y de doradas mieses. Este príncipe, que vió á su padre circundado siempre de literatos, poetas, médicos, astrónomos, matemáticos, filósofos, historiadores y artistas; que le vió confiar á los hombres de mas saber los primeros cargos del imperio, y gastar inmensas sumas de mitcales de oro en adquirir libros y galardonar el talento, la aplicacion y la ciencia; este príncipe, que habia sido educado entre doctos académicos y que antes de empuñar el cetro habia ganado coronas en certámenes literarios, sube al trono y convierte á Córdoba, la ciudad de las doscientas mil casas y de las seiscientas mezquitas, en una vasta academia; recoge el fruto de la cultura que han ido sembrando los ocho califas que le precedieron, y hace de Córdoba la Atenas del siglo X. La biblioteca del palacio de Meruan llega á encerrar hasta cuatrocientos ó quinientos mil volúmenes; el índice y las biografías de los autores los ha escrito él mismo; el bibliotecario es un príncipe, es el hermano mismo del califa; su palacio es el templo de las letras y el albergue de las Musas. Los amantes de la ilustracion, que se lamentaban recordando el horrible incendio de la biblioteca de Alejandria en el siglo VII, pudieron consolarse al verla en el X como renacida y maravillosamente acrecentada en Córdoba, y el culto Alhakem parecia haber nacido para lavar la afrenta que habia caído en el pueblo de Ismel con el escándalo del bárbaro Omar. El reinado de Alhakem II es el punto culminante de la civilizacion oriental en España.

Y este es el pueblo, señores, que nos representaron por espacio de siglos nuestros antiguos cronistas é historiadores como un pueblo inculto, bárbaro y grosero, mirándole y haciéndole mirar solo por el prisma de la religión; idea disculpable por el celo religioso que la inspiraba, pero que se arraigó por centenares de años en nuestro pueblo, hasta que algunos doctos orientalistas pertenecientes á esta misma corporación, desenterrando los tesoros de la literatura arábiga que yacían u ocultos ó desconocidos entre nosotros, han ido derramando luz y dando á conocer tales como eran á nuestros dominadores de Oriente. Gracias sean dadas por tan inmenso servicio á estos ilustrados académicos de la Historia, y no digo mas en su elogio por no ofender la modestia de alguno que me escuche.

En medio de tanta grandeza y de tanta prosperidad del pueblo infiel, ¿qué había sido del pobre pueblo cristiano? Los cristianos no han desmayado por eso en su santa empresa. Con la fe en el corazón, la cruz en el pecho y la lanza en la mano, han hecho atrevidas excursiones y rescatado pueblos y territorios en Galicia, en Lusitania, en los antiguos campos de los Godos, y avanzado por el Norte y por el Este hasta el Duero y el Ebro. Se han erigido las basílicas de Oviedo y Compostela: se han levantado tronos en Leon y Navarra, y han surgido los condados independientes de Barcelona y de Castilla. Los Alfonsos de Asturias, los Ordoños y Ramiros de Leon, los Garcías y Sanchos de Navarra, los condes de Castilla y de Barcelona, han visto derrotados los pendones del cristianismo en Aybar y en Valdejunquera, pero han sacado triunfante y gloriosa la enseña de la fe en Lutos, en Polvararia, en Laturce, en Gormaz, en el foso de Zamora y en los campos de Simancas. Sin embargo, en el flujo y reflujo de la reconquista, bajo los últimos califas que he nombrado y en el último tercio del siglo X, el imperio sarraceno había alcanzado su unidad y se hallaba en gran prosperidad y pujanza; los reinos cristianos se encontraban abatidos en decadencia y ardiendo en discordias.

En tal situación, señores, se levanta como un gigante en el Mediodía de España el mas hazañoso campeón que habian tenido nunca los agarenos, el mas formidable enemigo que habian tenido jamás los cristianos. Este gigante no es el califa, no es el soberano, no es el jefe del imperio; es el ministro, es el regente, es el tutor de un califa niño é imbécil, el único inepto que ha nacido de la ilustre estirpe de los Beni-Omeyas. Almanzor, rayo de la guerra, emprendedor como Anibal, guerrero y literato como César, destructor, sin ser bárbaro, como Atila, mientras el imbécil califa vejeta en los salones y jardines de Zahara entretenido con pueriles juegos entre esclavos, eunucos y mujerzuelas, se lanza de improviso como un cometa sangriento de incierto rumbo, ya sobre el Oeste, ya sobre el Norte, ya sobre el Este de la España cristiana, y todo lo destruye, y todo lo arrasa y todo lo aniquila. Borrell de Barcelona se arroja al mar huyendo de las aterradoras huestes de Almanzor. Garci Fernandez de Castilla sucumbe al filo de los alfares sarracenos. Los muros de Leon caen desplomados, y Bermudo II se refugia á Asturias llevando consigo las cenizas de los reyes y las reliquias de los santos mártires. El sepulcro del apóstol Santiago en Compostela es profanado y pisado por las inmundas plantas de los soldados de Mahoma, y las campanas de la Jerusalem de los españoles son trasportadas por orden de Almanzor en hombros de cautivos cristianos, para colgarlas como trofeos, si no como lámparas, en la grande aljama de Córdoba. En veinte y cinco años de periódicas campañas gana el terrible musulman cincuenta victorias. Por todas partes estrago, ruina, desolacion y muerte para el pueblo fiel, que al cabo de dos siglos y medio de combate se ve casi en la misma estrechez que despues del desastre del Guadalete. Los triunfos y las conquistas de Almanzor señalan el apogeo de la grandeza del califato, el mayor poder de la dominacion musulmana en España.

¿Será invencible este coloso? ¿Prevalecerá para siempre en España la ley de Mahoma? No puede ser. Porque la lucha es entre la usurpacion y la justicia, entre la mentira y la verdad, entre el Corán y el Evangelio, entre la concepcion monstruosa de un hombre y el libro escrito por la mano de Dios, entre el falso fulgor de una doctrina engañosa y la verdadera luz destinada á alumbrar la humanidad. Porque esa civilizacion al parecer tan brillante del pueblo de Oriente es la civilizacion del fanatismo y de la esclavitud. Porque la religion del Código musulman es la religion de la espada, es la religion de un paraíso de repugnantes obscenidades, es un dogma que pretende crear un cielo corrompido para sancionar la corrupcion en la tierra. Y el que buscó quien derribara los ídolos del paganismo y el Olimpo de sus dioses inmorales, mejor hallará quien rasgue las páginas del libro de un impostor, y quien venza á los apóstoles armados de su doctrina.

¿Mas cómo se levantará de su postracion el abatido pueblo cristiano? La desunion habia perdido siempre á los españoles, y una secreta y misteriosa inspiracion movió en aquella extremidad á los je-

fes de los estados cristianos de Galicia, de Leon, de Castilla y de Navarra, á unirse, á combinar sus débiles y diseminadas fuerzas, y á presentarse á combatir al Goliath de los sarracenos. Las menguadas huestes cristianas encuentran á las numerosas haces agarenas en la Montaña del Aguila, Calat-Nózor en el lenguaje de los árabes, no lejos de la antigua Numancia, de glorioso recuerdo para los españoles. El hombre de las cincuenta victorias creyó llegado el momento de consumir el trágico drama inaugurado hacia cerca de tres siglos por Muza y por Tarik, y se quedó asombrado al encontrar valerosos combatientes donde solo pensó hallar cobardes fugitivos. Se empeña la lucha... y la mano invisible que sacó á unos pocos cristianos victoriosos de la gruta de Covadonga, los saca tambien triunfantes en la cuesta del Aguila. Almanzor, el terrible, el victorioso, el invicto, siente correr la sangre de su cuerpo vertida por las lanzas cristianas; mira en derredor de sí, y se ve sin capitanes; y el soberbio musulman sucumbe, no tanto por la recrudescencia de sus heridas, como de la rabia y desesperacion de verse una vez vencido. Las lágrimas de sus soldados riegan su tumba en Medinaceli: un hombre misterioso recorre las márgenes del Guadalquivir anunciando á grandes voces con palabras fatídicas la catástrofe de Calatañazor á los musulmanes: en los templos cristianos resuenan himnos de júbilo; en las mezquitas se reza la azala del dolor; el pueblo repite unos versos de prediccion siniestra hechos por Ibrahim ben Edris, y como Roma despues de la batalla de Canas, así Córdoba viste de luto al recibir la nueva del desastre de Calatañazor. Apuntaba entonces el siglo XI.

Nunca con mas razon se afligió y enlutó un pueblo entero por la muerte de un hombre. Porque Almanzor, guerrero y político, batallador y literato, que compartia las estaciones entre certámenes literarios y combates bélicos, que conquistaba ciudades y formaba academias, que repartia entre los soldados el botin de las victorias y distribuia entre los doctos los premios del saber; Almanzor, el favorito de la sultana Aurora, único valido que haya empleado su privanza en bien y engrandecimiento del pueblo; Almanzor, que se contentaba con ser rey sin cetro, monarca sin corona, soberano sin trono y califa sin imperio, pudiendo tener imperio, trono, cetro y corona; Almanzor, cuyo nombre era pronunciado despues del de el califa Hixem desde lo alto de trescientos mil alminbares en Africa y en España, era la columna y el sosten del califato, y rota su cimitarra, el cetro de los califas era una frágil caña en manos de un niño que crecia en años y nunca llegaba al uso de la razon.

En efecto, muerto Almanzor, se ve derrumbarse como desde la cúspide de una gran pendiente el soberbio imperio de los Omniadas, y desaparecer esta esclarecida estirpe como disipada por el soplo siniestro de un viento mortífero. Las tribus y razas berberiscas, edrisitas, alamerías, slavos, tadjibitas, zeiries, benihuditas, mazamudas, zanhegas y benialafthas, cada cual arranca un giron del manto imperial de los Beni-Omeyas; cada walí y cada alcaide erige para sí un estado independiente, para disputarse despues la presa como hambrientos lobos, y sobre las ensangrentadas ruinas del califato se levantan multitud de pequeños reinos, casi en cada comarca, casi en cada ciudad del desmoronado imperio.

¿Cómo tan rápidamente se precipitó el imperio de los califas desde la cumbre de su mayor grandeza al abismo de su ruina? Apuntaré las principales causas de tan súbita transicion.

(Se continuará.)

### Saint-Denis.

EL FUERTE DE LA DOBLE CORONA.

El fuerte de la Doble Corona forma una media luna que cubre delante de Saint-Denis, una parte de esta ciudad.

Es una de las mejores defensas que tiene Paris; pero es tambien una de las mas expuestas al fuego del enemigo por las posiciones que la dominan.

Delante de su frente de ataque se eleva el cerro Pinson; al Este, Stains y al Oeste Deuil y Montmorency.

Sufriendo por todas partes los fuegos cruzados y atacada de frente, esa posicion soportó en los dias de bombardeo el fuego de nueve baterías.

Los abrigos que no estaban preparados para tal defensa, no pudieron librar á los hombres de la nube de proyectiles lanzados sobre la Doble Corona. Así fué que perecieron muchos dentro de los abrigos.

Tambien observaremos que las tres puertas del Este que conduce á Stains, del Norte que va á Pierrefitte, y del Oeste á Villetaneuse, se encuentran de cara al frente de ataque, lo que obligó á dejarlas abiertas durante el

bombardeo. Muchos pilares fueron demolidos y los puentes no pudieron funcionar.

Los prusianos del cerro Pinson apuntaban principalmente á las troneras: 5 piezas quedaron fuera de combate y se rompieron 11 cureñas y 14 carros; los proyectiles destruyeron varias obras de tierra, lo que dejó á descubierto á los que servían las piezas; pero los artilleros bajo la direccion del bizarro capitán Brunster reparaban rápidamente las averías.

Mucho daño debió hacer al enemigo esta fortaleza armada con 74 cañones, entre los cuales habia piezas de marina de á 42, de bronce y de grueso calibre.

Se pudieron lanzar hasta 4 proyectiles por minuto, lo que da el enorme total de 48,000 proyectiles lanzados por el enemigo durante el bombardeo.

El mando superior del fuerte de la Doble Corona, se confió al comandante de batallón Zeller, ex-oficial de zuavos, que aunque retirado hacia ocho años, ofreció sus servicios á la defensa nacional desde el principio de la guerra.

Nos sorprende que ningun parte especial haya hecho mencion de una resistencia tan enérgicamente dirigida y sostenida en este punto como en otros muchos; se conoce muy bien que el mando superior no se ha encontrado á la altura de su tarea.

### LA POBLACION DE SAINT-DENIS.

Saint-Denis es la region de Paris que ha sufrido mas. Despues del sitio, vino la ocupacion de la ciudad y con la ocupacion las requisiciones y las contribuciones de toda clase que la impuso el enemigo. La ciudad de Saint-Denis debe pagar 800,000 francos.

Los habitantes creian firmemente, como lo habia asegurado el gobierno á su ayuntamiento, que la contribucion que tenian que pagar estaba comprendida en los 200 millones exigidos á Paris, pero no era así: los prusianos han advertido á la municipalidad que si no se efectuaba el pago en el término prefijado se llevarian á Alemania todo el material de las fábricas principales. Los notables se reunieron, recogiendo 35,000 francos que debieron entregar en moneda de oro y plata y los prusianos consintieron esperar algunos dias para recibir el complemento de la suma.

Los daños del bombardeo son numerosos en la ciudad y ni siquiera se ha respetado la basílica, en cuyo favor el cabildo de Saint Denis, envió una peticion al príncipe de Sajonia.

Hé aquí la enumeracion de los destrozos, segun el testimonio del abate Testory, canónigo de Saint-Denis.

Por el lado norte, están acribilladas las grandes ventanas entre la rosetone, así como el roseton. Una pilastra de la bóveda del centro ha perdido 60 centímetros de piedra, lo que es enorme en una construccion tan ligera.

Algunas columnillas de la hermosa galería calada que da la vuelta al edificio están rotas; un casco de bomba ha deteriorado el sepulcro de Constanza de Arles, esposa del rey Roberto; otro la parte inferior de la tumba de Constanza de Castilla; el dosel que cubre á René de Longueville se ha estropeado; una bomba ha atravesado las antiguas vidrieras pintadas del tiempo de Suger, y por último, el San Dionisio que corona la fachada principal ha perdido la cabeza que rodó hasta el atrio de la catedral.

Las devastaciones de los soldados prusianos son muy deplorables, pues se cometieron contra objetos muy preciosos de arqueología. Son otros tantos recuerdos que marcarán con una señal lúgubre la fecha de un bombardeo que el hambre hacia inútil.

R. DE M.

### La Asamblea nacional de Burdeos.

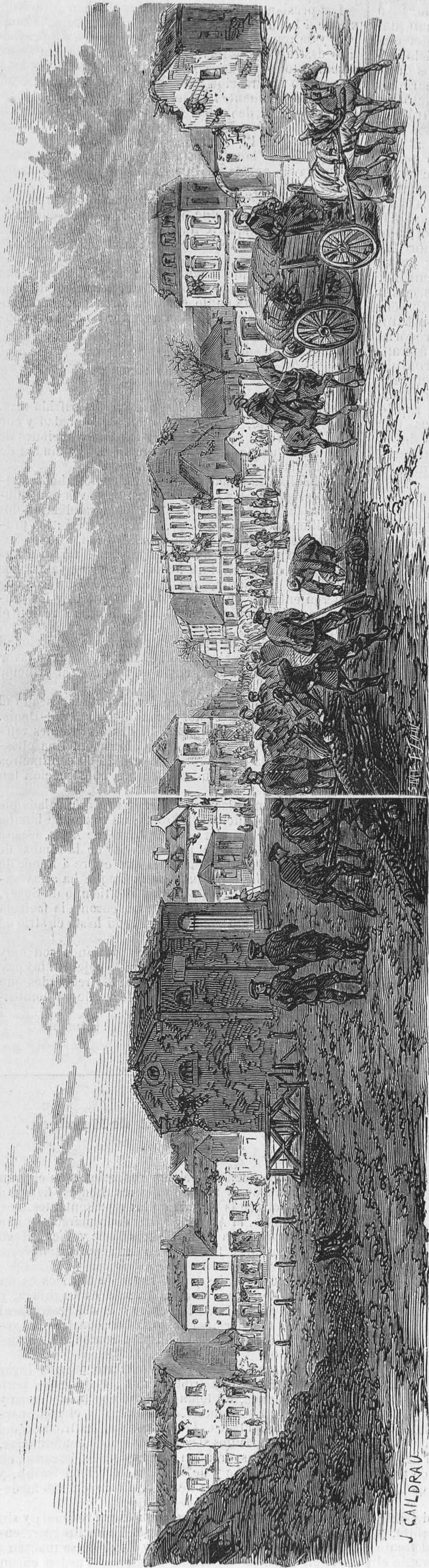
La Asamblea nacional celebra sus sesiones en el gran teatro de Burdeos, y uno de nuestros dibujos figura el aspecto que ofrece la llegada de los representantes.

La reunion de la Asamblea ha dado margen á una ovacion entusiasta en honor de Luis Blanc y Víctor Hugo que representamos tambien en una página de este número.

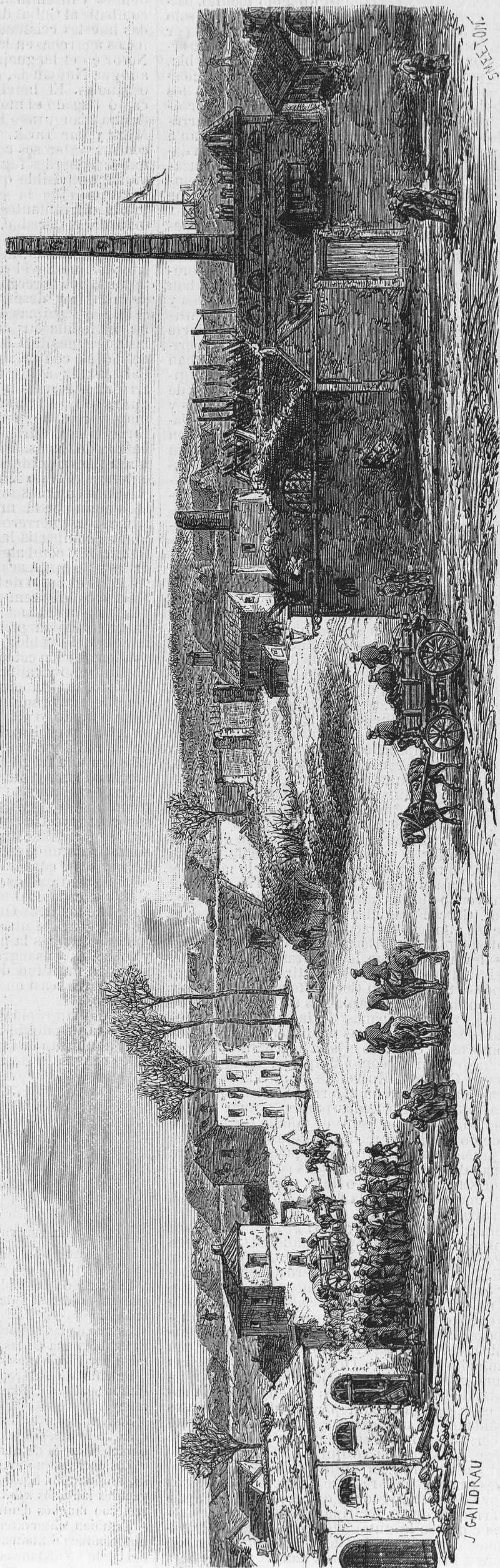
Todo el mundo sabe que el teatro de Burdeos es un monumento de primer orden. La sala es magnífica, y solo la de la Scala, la de la Fenice ó la del Teatro Real de Madrid es tan hermosa como la que construyó el arquitecto Louit, muerto en el hospital como tantos hombres de mérito.

Han puesto un tablado en el escenario, y en el lugar del apuntador hay una tribuna alta, majestuosa, pero de madera blanca, un telon de fondo corta la escena y forma ornato. La orquesta, las butacas y el patio pertenecen á los diputados. Los palcos son las tribunas del auditorio. Los pasillos sirven de salon de conferencias, y las comisiones se reúnen en el salon de descanso, en presencia de Moliere y de Esquilo, de Mendelssohn, y de Halevy que les miran desde el fondo de sus medallones.

Es de creer que esta instalacion es provisional; y sin embargo, su aspecto es grandioso. Todos los representantes van y vienen libremente y los 750 se mueven á gusto en aquellas espaciosas escaleras. Pueden encon-



SAINT-DENIS. — Aspecto de la calle Mayor, por el lado de la Dob e Corona, despues del bombardeo



SAINT-DENIS. — La Doble Corona despues del bombardeo : vista tomada mientras los prusianos hacian estallar las piezas de artilleria de marina.



BURDEOS. — Los diputados entrando en la Asamblea instalada en el Gran Teatro.

S. MESTON

trarse sin tropezarse, á pesar de que la mayor parte de ellos apenas se conocen. Excepto las altas personalidades, constituyen una multitud de desconocidos extraños á la política y preocupados con la obra que están llamados á hacer por la voluntad de los electores.

En un rápido análisis daremos á conocer los primeros actos de la Asamblea.

13 de febrero.— La sesión se abre á las dos bajo la presidencia de M. Benoist-d'Azy, decano.

El presidente lee una carta de Garibaldi, quien declara renuncia al mandato con que le han honrado varios departamentos.

M. Julio Favre sube á la tribuna para depositar los poderes del gobierno de la defensa nacional en manos de los representantes del país. Cada uno de los ministros presenta también su dimisión.

14, 15 y 16.— La Asamblea procede á la aprobación de las actas de los diputados.

Se reserva la decisión de los príncipes de Orleans.

Mediante una proposición presentada por cierto número de representantes se pide á la Cámara que nombre á M. Thiers jefe del poder ejecutivo de la República francesa, presidente del consejo de ministros.

M. Keller sube á la tribuna y lee una manifestación de los representantes de la Alsacia y la Lorena que conocen ya nuestros lectores, y que excita en la Asamblea una sensación profunda.

18.— Se adopta por unanimidad la proposición de nombrar á M. Thiers jefe del poder ejecutivo. El extremo izquierdo se abstiene.

Inmediatamente después de la votación de la Asamblea los embajadores de Inglaterra, Italia y España á nombre de sus Cortes respectivas reconocen el nuevo gobierno.

El príncipe de Metternich declara á M. Thiers que está encargado por el conde de Beust de anunciar el reconocimiento inmediato del nuevo gobierno por el Austria.

Se forma el nuevo ministerio cuyos nombres ya hemos publicado.

La Asamblea encarga á los señores Thiers, Jules Favre y Picard que vayan á negociar á Versalles acompañados de una comisión de quince miembros compuesta de este modo:

MM. Benoist-d'Azy, Tesseranc de Bord, de Mérode, Desseligny, Victor Lefranc, Laurenceau, Lespérut, Saint-Marc Girardin, Barthélemy Saint-Hilaire, d'Aurelles de Paladines, Laroncière Le Noury, Pouyer-Quertier, Vitet, Batbie, Saisset.

M. Thiers pronuncia como jefe del poder ejecutivo un discurso que hemos insertado en el número precedente, y después la Asamblea se separa hasta el regreso de los negociadores.

1.º de marzo.— La Asamblea por 546 votos contra 107, ratifica los preliminares de paz firmados el 26 en Versalles.

H. V.

## Revista de Paris.

El día primero de marzo de 1871 figurará en la historia de Paris como una fecha fúnebre. Ha sido un día de luto y de lágrimas, un día de inmerecida humillación que las armas victoriosas del rey Guillermo han impuesto á Paris, después de firmado el tratado de paz entre los ministros y cuando se sabía que la ratificación por la Asamblea de Burdeos podía tenerse como segura. Según se había anunciado, un cuerpo de ejército de 30,000 hombres compuesto de prusianos y de bávaros, hizo su entrada á las diez en punto de la mañana por la avenida de Neuilly, el Arco de Triunfo y los Campos Eliseos y ocupó los barrios de esa parte aristocrática de Paris, sin que haya habido que deplorar ninguna escena lamentable. La población oyendo los consejos del gobierno, de la prensa y de los comités republicanos, dejó el campo expedito á los invasores que tomaron alojamiento en los establecimientos públicos y en las casas particulares sin exceptuar las de los extranjeros, casi todas vacías, que tanto abundan en ese barrio opulento, envidia de las principales ciudades de Europa.

Mientras los enemigos ocupaban las avenidas, las calles y las casas, se establecía en su derredor como un cordón sanitario de tropas francesas, que cerraba las entradas por todas partes, á fin de evitar todo lo posible el contacto de la población con los implacables enemigos de la Francia. Así quedó limitada la ocupación al sitio estrictamente marcado en el tratado.

Entre tanto los parisienses se mostraban en una actitud verdaderamente admirable.

En todo Paris se cerraron las tiendas, las puertas y las ventanas, habiendo casas en las que se fijaron carteles que decían: « Cerrada por causa de luto nacional. »

A las cuatro de la tarde, hora en que visitamos los bulevares en dirección al barrio en donde se encontraban los prusianos, el espectáculo que presentaba la gran ciudad tenía un carácter lúgubre que llegaba al alma.

En los largos años de residencia que llevamos en Paris, podemos decir que ni de día ni de noche hemos visto un cuadro semejante.

Esa gran arteria de la ciudad por donde circula continuamente la vida parisiense, se hallaba sumergida en un silencio sombrío. Los transeúntes andaban con aire lúgubre al lado de las tiendas herméticamente cerradas como hemos dicho, ó por la calzada, vacía de carruajes.

Los carteles de los teatros, conciertos y demás diversiones estaban en sus lugares de costumbre y anunciaban, con grandes orlas negras, que se habían suspendido las funciones porque estaba de luto la patria.

En algunos balcones había banderas negras.

Por delante del edificio de la nueva Opera y cruzando el boulevard se encontraban unas compañías de guardia nacional, como un primer puesto avanzado, y allí se prohibía ya el paso á todo el que llevaba uniforme ó alguna insignia militar.

Desde aquel punto hasta el barrio del faubourg Saint-Honoré, ya la concurrencia era muy escasa, sea dicho en loor de esta población, que no dió muestras aquel día de una curiosidad que habría sido por cierto muy vituperable.

Llegamos por fin á la calle Real, que es una de las entradas de la plaza de la Concordia.

Aquí comenzaban las líneas de la tropa francesa atajando el paso entre la calle y el faubourg Saint-Honoré y mas adelante, en la boca de la plaza, se veía una barricada formada con cureñas de cañones.

Al través de las bayonetas asomaban y relucían los cascos de los soldados prusianos.

En los grupos que se habían formando detrás de los soldados de línea, se contaban los pormenores de la entrada.

Unos decían cómo los pilluelos animados de un ardor patriótico habían esperado á los enemigos en el Arco de Triunfo y habían acompañado á sus músicas voceando y silbando hasta el palacio de la Industria; otros señalaban á la indignación pública ciertos actos de los prusianos, que habían abierto violentamente algun café ó alguna taberna donde no habían encontrado ni un vaso de agua; otros en fin, referían con todos sus detalles el castigo que se había impuesto á varias mujeres que ostensiblemente hicieron gala de su amistad con los prusianos.

Las desdichadas fueron insultadas, maltratadas brutalmente por el populacho, y los que vieron tales escenas convienen en decir que no puede imaginarse un espectáculo mas repugnante y mas inhumano.

Lo mas terrible es que muchas fueron seguramente mujeres virtuosas, víctimas de un error altamente culpable.

La noche de este día funesto Paris era un vasto sepulcro débilmente alumbrado por las escasas luces de las lámparas de petróleo que reemplazaron los claros mecheros de gas en los meses mas terribles del sitio.

Los boulevares con los cafés cerrados en las primeras horas de la noche, tenían un aspecto siniestro que vivirá eternamente en nuestra memoria.

El día siguiente 2 de marzo, segundo y último de la ocupación, infundió temores mas alarmantes.

Los soldados prusianos y bávaros, sin armas y conducidos por sus jefes, quisieron visitar el palacio de Tullerías y el Museo del Louvre, y la tropa francesa debió alargar sus líneas de modo que abrazaran por el río y por la calle de Rivoli la inmensa extensión que ocupan esos palacios.

El pueblo que observaba los movimientos del enemigo y se hallaba dispuesto aun á tomar las armas si intentaban salir los prusianos de los límites que marcaba el tratado á su ocupación momentánea, se agolpó en las puertas y las verjas de la plaza del Carrousel y del Louvre, y á la vista de los visitantes prorumpía en improperios que se estrellaban contra el estoicismo de los soldados alemanes.

No ocurrió, sin embargo, ningun desorden de carácter serio; pero era tiempo de que el ejército enemigo se retirara, y de no haber sido así, es muy de creer que la exasperación popular que había llegado al colmo, hubiera producido conflictos de incalculables consecuencias.

Con efecto, aquel mismo día llegó la noticia de la ratificación del tratado de paz por la Asamblea nacional de Burdeos, y M. Jules Favre se puso en camino para Versalles á pedir el fin de la ocupación con arreglo á lo pactado.

A las cinco de la mañana del día 3 comenzó el desfile de las tropas prusianas en presencia del príncipe Federico Carlos, y á las diez y media el último prusiano atravesaba el Arco de Triunfo acompañado de los silbidos populares.

Un instante después una inmensa humareda se elevaba delante del Arco. eran unos montones de paja que prendieron fuego, como si quisieran así purificar el aire.

No se dice que los soldados enemigos hayan cometido durante su estancia en Paris ninguna arbitrariedad ni vejación; parece ser que las órdenes que traían eran rigurosas. Hasta respetaron los crestones que cubrían las estatuas de las grandes ciudades de Francia, en la plaza de la Concordia, y dícese igualmente que al pié de la de Estrasburgo pusieron centinelas como un homenaje tributado al heroísmo.

Hemos concluido la historia de la ocupación prusiana que en los límites en que ha tenido efecto, es ciertamente inexplicable.

Concebimos una entrada triunfal para firmar la paz en Tullerías, como nos había anunciado M. de Bismark en una de sus numerosas circulares, cuando decía que « estaba probado históricamente que toda paz con la Francia que no se firma en Paris, es efímera, es una tregua »; pero no esa rítmica demostración compuesta de seis regimientos de cazadores bávaros, dos baterías de artillería bávara, con algunas ametralladoras, una compañía de artilleros bávaros; tres regimientos de infantería prusiana, uno de ellos de la guardia real; un escuadrón de húsares de la muerte, otro de dragones azules prusianos y un regimiento de hulanos bávaros, formando un total que apenas llega á 30,000 hombres; y si á esto se añade el modo con que se ha verificado la ocupación mantenida en un cerco de bayonetas francesas cerrado estrechamente, vemos la humillación de Paris muy neutralizada por la actitud en que se han presentado los alemanes, que mas que vencedores, parecían prisioneros de los franceses.

El emperador de Alemania que debía habitar el Eliseo ó el palacio de Tullerías, se ha contentado con pasar revista al cuerpo de ocupación en el hipódromo del bosque de Boulogne, y de tantos príncipes como tienen á su cabeza los ejércitos alemanes, solo ha penetrado en Paris el de Sajonia Coburgo.

En suma, el coronamiento de tantas y tan señaladas victorias, ó sea la entrada en Paris, no puede ser un motivo de orgullo para las armas alemanas.

Es verdad también y ya hemos tenido ocasión de notar lo mas de una vez, que los alemanes en esta horrible guerra piensan mucho mas en el provecho que en la gloria.

Dígalo si no ese abominable convenio que se llama tratado de paz, firmado en Versalles y ratificado en Burdeos, donde figura como indemnización de guerra una partida de cinco mil millones de francos, suma colosal que jamás un pueblo vencedor ha impuesto á un pueblo vencido.

La Alemania se va á enriquecer á costa de la Francia.

La cesión territorial, importantísima seguramente, puesto que deja á los franceses sin sus defensas naturales frente á las fronteras alemanas, no parece, sin embargo, una exigencia tan chocante.

¡ Ah! cuando la estadística se ponga á calcular por cifras todo lo que ha perdido la Francia en esta guerra, hallaremos un total fabuloso, parecerá una suma fantástica.

¡ Qué de ruinas, qué de desastres!

Los inmensos recursos acumulados durante tantos años de prosperidad han desaparecido; un tercio por lo menos del territorio francés ha sido saqueado; por todas partes se ha aplicado el vencedor á recoger los frutos de una guerra convertida en negocio, en magnífico negocio, y ahora se pone el colmo completando la ruina de los particulares y de los pueblos, con la ruina del Estado.

Pero la nación ha pensado como los negociadores de Versalles, que era preciso someterse antes que continuar la guerra sin una organización militar correspondiente á la de los ejércitos alemanes y la Asamblea de Burdeos ha ratificado por la enorme mayoría de 546 votos contra 107, los preliminares de paz que ponen el sello á los males de la Francia.

Terrible ha sido en verdad la posición de los diputados de la mayoría que han aceptado las condiciones de los alemanes.

Ningun representante del partido opuesto las ha calificado con mas dureza, ni ha lamentado mas una paz que todos maldicen en el fondo del alma.

Pocas han sido las palabras que M. Thiers, el jefe del poder ejecutivo, negociador de la paz y árbitro supremo de la situación presente, ha tenido que pronunciar en el curso de la rápida discusión á que dieron margen las ratificaciones del tratado; pero ellas expresan mejor que todos los discursos la fuerza de la necesidad á que han obedecido los representantes del país en esta cuestión solemne.

« Si hubiera á mis ojos una sola probabilidad de poder sostener la lucha, dijo M. Thiers, de poderla sostener felizmente, jamás me habría yo impuesto un dolor que será uno de los mayores de mi vida, el de firmar los preliminares de paz que he traído de Versalles. Solo la convicción absoluta en que me hallo de que es imposible continuar la guerra, me obliga á inclinar la cabeza ante la fuerza del extranjero. Suplico que no se me imponga la necesidad de dar los motivos de mi convicción; mi silencio es un sacrificio que hago á la seguridad y al porvenir de mi país. Si, estoy convencido de que al hacer hoy la paz, sometiéndonos á un dolor muy grande, salvamos el porvenir del país, aseguramos su futura grandeza, y esta esperanza, solo esta esperanza, ha podido decidirme, sufriendo, lo repito, uno de los mas crueles dolores de la vida. »

Aquí, añade el extracto oficial, el orador se conmueve de tal modo, que se ve precisado á interrumpirse y por todas partes resuenan aplausos en la Asamblea.

Es de notar, sin embargo, que entre los pocos que estaban por la continuación de la lucha, se contaban principalmente los representantes de los departamentos cedidos á la Alemania, asolados hoy por la invasión, y los diputados por Paris, la ciudad mas amenazada si hubiese triunfado la opinión de la minoría.

Luis Blanc, Victor Hugo y Quinet pronunciaron enérgicos

discursos contra la paz ignominiosa que se impone á la Francia; pero la dificultad, ya lo hemos dicho, no estaba en este punto, sino en la creencia general de que no es posible con los elementos de que hoy se dispone, continuar la guerra contra un enemigo poderoso y provisto de medios de accion irresistibles.

Víctor Hugo explicó el mandato de sus electores de París con palabras de una elocuencia suma.

« París, dijo, está siendo el asombro del mundo desde hace cinco meses, cinco meses de República, en los cuales ha conquistado mas honor que había perdido en diez y ocho años de imperio. Han sido cinco meses de heroísmo. París ha hecho frente á toda la Alemania; una ciudad ha tenido en respeto á una invasion, á diez pueblos coligados. París ha combatido á esas oleadas de hombres del Norte, que ya muchas veces han acabado con la civilizacion; 300,000 padres de familia se improvisaron soldados. »

Después habla de lo que se ha hecho y de lo que se ha sufrido, sin pan, sin lumbre, sin luz, en medio de un invierno horrible, con 15 grados de frio; con el hambre, el tifus, las epidemias, la devastacion, la metralla y el bombardeo, y continúa:

» Pues bien, París á esta hora está clavado en la cruz y sangrando por sus cuatro miembros; y sin embargo, esa ciudad que ninguna iguala en la historia, esa ciudad majestuosa como Roma y estoica como Esparta, esa ciudad que los prusianos pueden hollar con su presencia, pero que no han tomado, París nos ha dado un mandato que tiene su peligro y que aumenta su gloria y es el de votar contra el desmembramiento de la patria. París ha aceptado para sí las mutilaciones; pero no las quiere para la Francia; París se resigna á su muerte, pero no á nuestra deshonra. »

Los sentimientos patrióticos expresados en un bello lenguaje no fueron exclusivos de la oposicion en la memorable sesion de que nos ocupamos ligeramente; pero la cuestion estaba juzgada. Convencidos los diputados de la mayoría de que era imposible continuar la lucha, todos unánimes, con el mayor dolor de su corazon, ratificaron el tratado.

Inmediatamente después de proclamado el resultado de la votacion, los representantes de los departamentos que dejaban de ser franceses, hicieron una declaracion que fué uno de los episodios mas patéticos que se han podido ver jamás en una asamblea.

Hé aquí su texto, traducido literalmente.

« Los representantes de la Alsacia y la Lorena, antes de que se entablaran las negociaciones de paz depositaron en la mesa de la Asamblea nacional una declaracion afirmando del modo mas categórico á nombre de aquellas provincias, su voluntad y su derecho de continuar siendo francesas.

» Entregadas con menosprecio de toda justicia y por un odioso abuso de la fuerza, á la dominacion del extranjero, nos queda por cumplir un último deber, que es el de declarar otra vez nulo un pacto que dispone de nosotros sin nuestro consentimiento.

» A todos y á cada uno de nosotros queda abierta eternamente la reivindicacion de nuestros derechos, en la forma y el modo que nuestra conciencia nos dicte.

» En el momento de salir de este recinto en donde nuestra dignidad nos impide permanecer, y á pesar de la amargura de nuestro dolor, el pensamiento supremo que hallamos en el fondo de nuestros corazones, es un pensamiento de gratitud por aquellos que durante seis meses no han cesado de defendernos, y de inalterable amor á la patria, de la que nos arrancan violentamente.

» Os seguiremos con nuestros votos y esperaremos con una confianza entera en el porvenir, á que la Francia regenerada vuelva á proseguir el curso de sus grandes destinos.

» Vuestros hermanos de Alsacia y de Lorena, separados en este momento de la familia comun, conservarán á la Francia ausente de sus hogares, un cariño filial hasta el dia en que vuelva á recobrar su antiguo puesto. »

¡Qué patriotismo en este supremo homenaje á la nacion francesa! ¡Qué protesta tan ardiente contra la fuerza bruta de la conquista que para nada toma en cuenta el voto de las poblaciones!

La voz de los diputados de Alsacia y de Lorena al despedirse de los franceses en el instante en que ellos dejaban de serlo, debió penetrar hasta lo mas recóndito en el corazon de los representantes del pais que acababan de firmar el tratado, así como resonará también en las naciones extranjeras, donde se tiene en algo la voluntad y la soberanía de los pueblos.

MARIANO URRABIETA.

## Poesía.

### A UNA DESDEÑOSA.

Jóven de hermosa preciada  
Y en el amor desdeñosa,  
Cuida no estar tan airada

Con quien tu imagen grabada  
Tiene en su mente ardorosa.

Que eres cual planta ligera  
Entre el arrayan nacida,  
Flor hermosa y pasajera  
De todos apetecida  
En su fresca primavera.

Antes de verte olvidada  
Llega y mira en el vergel,  
La rosa, el nardo, el clavel,  
Ó la flor mas delicada  
Que descuelle altiva en él.

Obsérvala atentamente  
Que al nacer es fresca y pura,  
Después el tiempo inclemente  
La deshoja lentamente  
Y sus cálices apura.

Verásla tan altanera  
Mientras mayo la rocíe,  
Que arroje su olor afuera  
Al que percibirle quiera  
Porque de ella se desvíe.

Mas se marchita y acaba  
Que es corta su primavera,  
Y el que antes la deseaba  
Porque hermosa la miraba,  
Hoy se goza con que muera

Advierte lo que es la flor  
Y cuán cortos sus primores,  
No desprecies los amores  
Porque no tendrás valor  
Para sufrir sus rigores.

Yo ví una sombra enojosa  
Tras breves años llegada,  
Cubrir la tez de una hermosa  
Y dejarla pesarosa  
Por verse menospreciada.

Admiré su lozanía,  
Miré sus negros cabellos  
Y no pude conocellos,  
Porque la vejez cubría  
La brillantez que hubo en ellos

Y ví la luz apagada  
De sus ojos amorosos  
Antes del mundo admirada,  
Oscurecerse en la nada  
Por los tiempos presurosos.

También silencioso ví  
Labios de amor sonrosados  
Que me abrasaron á mi,  
Y apenas los conocí  
por los años marchitados.

Y su talle que en primor  
Nadie igualarle podia,  
Observé yo con dolor,  
Que al invariable rigor,  
De la vejez sucumbia.

Después la miré llorosa  
Con su dolor abatida,  
Al ver que ninguna cosa  
Era con ella amorosa  
En su vejez desvalida.

Guárdate por Dios, mi estrella,  
Guárdate de ser tan esquiva  
Para no seguir la huella

Ya trazada por aquella  
Que te fuera muy nociva.

Que aunque mujer lisonjera  
Es por necios perseguida,  
Son de vista pasajera  
Cual nuvecilla ligera  
Por el viento sacudida.

Y si altiva y rigorosa  
Así á los hombres admiras  
Con tu juventud hermosa,  
¿Qué harán, mujer orgullosa,  
Si complaciente les miras?

JOSÉ GRIJALVA.

## Angela.

(Conclusion. — Véase el número 944.)

Sus ojos llorosos parecen enclavados en la lápida sepulcral: Un escudero le espera á cierta distancia con los caballos ensillados; mas él parece que se ha llegado á identificar con los objetos que le rodean, y ya es un álamo, una piedra, no, un hombre. Largo rato permanece en esta actitud, hasta que las pisadas de una persona que se acerca, le sacan de su éxtasis. Alza los ojos y distingue solo una figura esbelta, un velo negro, una corona de ciprés. Examina con mas detencion aquel ser misterioso, y exhala un grito de alegría... Angela, Angela, ¿aun respiras...? y se precipita en sus brazos con una frenética alegría.

— Es cierto, ¿eres tú? ¿podré dar crédito á mis ojos?... dime que es realidad lo que veo... que no eres una sombra fantástica engendrada por mi delirio. Y al decir esto, sus manos trémulas de placer estrechaban las manos de la hermosa heroína.

— ¡Ah, Carlos! dijo esta descubriéndose el rostro, en cuya palidez se veía una ligera tinta de rosado carmin. Ya veo que me amas: esta es la prueba que me faltaba para ser menos infeliz: por eso hice colocar ahí esos emblemas de muerte, y me puse á observar la impresion que causaba su vista en esa alma que yo juzgaba de hielo.

— Pero tus heridas... ¿ó ha sido todo un sueño? anoche... en este mismo lugar tú quedaste sin vida entre mis brazos. ¿Qué ángel te ha restituido al mundo para mi consuelo?

— Tú me creías muerta cuando privada de sentido caí sobre la arena; pero te engañastes: he sido muy criminal para merecer tan pronto el eterno descanso: aun me restan tal vez muchos años de expiacion, tu espada no hizo otra cosa que romper la hermosa armadura de mi hermano: el dolor, el miedo y la desesperacion ejecutaron el resto.

— ¡Ah yo bendigo mil veces mi error, que me hace experimentar el mas vivo placer que he sentido en mi vida! el placer de que me conozcas, de que sepas que te adoro y que en este corazon reside tu imagen que ni el tiempo podrá borrar con su mano, ni la muerte oscurecer en su sepulcro: ¿qué me importan ya los combates, la gloria, la fortuna...? todo lo deposito á tus piés... porque tú eres la fuerza que mueve mi brazo, la que puedes dar un nombre al aventurero y la que lleva consigo una felicidad que no proporcionan las riquezas. ¿Ves esa pobre fuente con su estanque cenagoso y profundo? pues ese es todo mi universo. Ahí te declaré por primera vez mi pasion, ahí escuché de tu boca que me amabas, y ahí también me entregaste un billete que conservo en mi pecho: ¿cuándo podrán destruirse estos dulces recuerdos en el alma de Carlos? Ni el tiempo, ni la ausencia... dirigió una mirada inquieta al pronunciar estas palabras hácia su escudero que hacia esfuerzos por sujetar los caballos, ansiosos de partir.

— ¿Qué me abandonas? exclamó Angela con un acento débil y doloroso. Cruzó sus brazos el guerrero, dejó caer un poco la visera del casco para ocultar su turbacion y quedó largo tiempo inmóvil fijos los ojos en la fuente cuyas cristalinas aguas se filtraban lentamente por las hendeduras del estanque.

— ¿Me abandonas? volvió á preguntar la enamorada jóven dirigiendo á su amante una mirada en que iba mezclada la incertidumbre á una dulce reconvenccion... pero en vano esperó la respuesta. La frente del aventurero se había cubierto de la mas negra tristeza: sus pobladas cejas se fruncian y dilataban por intervalos... sus facciones sombrías habían tomado un aspecto lívido y espantoso,

la mano se dirigia maquinalmente hácia el pomo del puñal... una voz trémula se exhaló de lo íntimo de su pecho que articuló algunas palabras incoherentes... poco despues, agitándose para explicar lo que sentia, como hombre soholiento que saliéndo del lecho quiere andar con precipitacion y tropieza con los muros de su aposento, dijo mirando con asombro en rededor de sí: ¿Se ha marchado Brun? ¿Nos escucha alguna persona...? No; tú estás sola, Ángela... tú podrás escuchar mi fatal secreto: yo voy á partir para Flandes... maldícame: soy el mas criminal y el mas desgraciado de los hombres: hace mucho tiempo que te decia « una causa invencible se interpone y nos separa; » pues bien, oyeme y despues me maldecirás. Yo quedé herido, moribundo en un combate junto á los muros de Pavía. Una mujer del pueblo llamada Flora me recogió y me restituyó la vida. Era jóven y hermosa, pero yo no la amaba: tenia virtudes y yo las comprendí aunque despues haya olvidado lo que es virtud. Su madre era anciana y pobre: una obligacion de agradecimiento me ligaba á esta familia. Despues he conocido otra mujer, Ángela, acaso menos hermosa que aquella, pero que me ha hecho conocer por primera vez el amor: esta es la esposa de mi eleccion, y sin embargo el mundo no la reputa por mi esposa: aquella es la compañera que me deparó la casualidad y el destino, y sin embargo Dios y el mundo la tienen por mi mujer, porque me han visto á su lado en el templo y han oido los juramentos que nos unieron para siempre... Adios, ya sabes mi secreto. Dicho esto estampó en la mano de Ángela un ósculo de fuego, montó á caballo sin volver la cabeza para mirarla y desapareció entre nubes de polvo con la velocidad de un relámpago.

La desventurada jóven quedó petrificada de dolor sin poder articular un sonido; subióse sobre un banco de piedra para asegurarse de si era cierta su desgracia, y cuando sus ojos no pudieron ya divisar el ondulante penacho del guerrero lanzó un débil quejido y cayó desmayada sobre la arena.

Pocos dias despues de sucedida esta aventura, varios muchachos que jugaban en el parque llevaban por bandera un pedazo de gasa negra que parecia haber estado algun tiempo en el agua. Uno de ellos dijo á sus compañeros: este es el velo que llevaba la señorita Ángela. ¡Ah, sí, la loca! contestó otro: la que se arrojó la otra tarde en ese estanque: y siguieron su pueril regocijo sin hablar mas palabra de este suceso.

CLEMENTE DIAZ.

¡Pobres caballos! Vamos á consagrarlos aquí un postrer recuerdo, pues seguramente desde el principio del sitio se ha podido decir con toda verdad que Paris es el infierno de los caballos.

Los caballos.

Y el caso es que se ha concluido el sitio y el infierno no ha llegado á su fin.

Despues de haber arrastrado los cañones nuevos contra el enemigo, hé aquí ahora que los arrastran dolorosamente hasta las avanzadas prusianas.

¡Triste tarea para un caballo de guerra!  
Ni siquiera se ha cerrado aun su matadero.  
Es cierto que desde el principio del armisticio y en cuanto llegaron los primeros víveres se acabó el mer-

cado de los caballos; pero las fatigas del sitio pusieron á muchos de ellos fuera de servicio, y todos los que se hallan en este caso van al matadero y su carne se distribuye á la tropa.

¡No es el caso de repetir: Pobres caballos!

P. P.

La peña de Uruel.

(Continuacion. — Véase el núm. 944).

— Observa mejor, hijo mio, replicó el anciano.  
— ¡Oh!  
— ¿Qué hay?

— Padre, padre, esa línea blanca es un ejército de moros.

— ¡Misericordia de Dios! gritó el anciano cayendo de rodillas.

— Sus blancos turbantes lucen á los rayos de la luna como el ramal de un rio, y las chispas que brotan son las que despiden sus armas. ¡Dios mio! es un ejército numeroso. Va introduciéndose en la garganta de la sierra, como si tratara de encaminarse hácia aquí.

— Hácia aquí se encamina, hijo mio. El corazon me lo dice. ¡Baja, baja!

Oton descendió de la torre. El anciano le recibió en sus brazos.

— Padre, dijo el arrojado mancebo, voy á dar el grito de alarma. Si vienen á buscarnos hasta nuestra última guarida, el combate será sangriento, nos defenderemos como leones. Pero antes de todo, añadió el jóven cayendo de rodillas, vuestra bendicion. La bendicion de un padre y de un anciano arrojan la dicha sobre la frente del que la recibe.

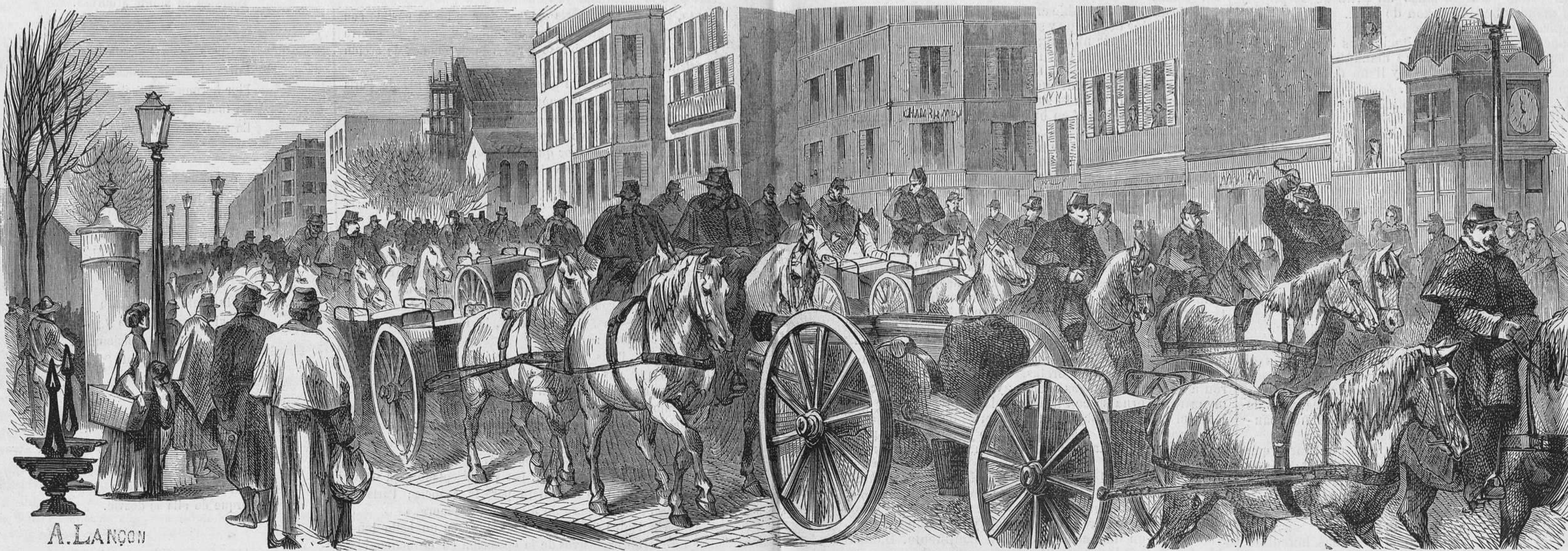
El anciano de los cabellos blancos puso una mano trémula sobre la cabeza del gallardo mancebo.

— Oton, le dijo, el momento es solemne. Dentro de pocas horas ya no existiremos quizá, y nuestras almas habrán volado al seno del Dios de las misericordias, mientras que ni uno de nosotros quedará tal vez para derramar un poco de tierra y una lágrima de dolor sobre nuestros cadáveres insepultos. Oton, hijo mio, tú eres valiente y jóven, y acaso por un milagro de Dios puedas salvarte. Si lo consigues, si el alfange sarraeceno traspasa tu pecho como traspasará el de tu padre y el de tus hermanos, entonces, escucha mis últimas advertencias. Desprecia el lujo y la afeminacion que ha perdido á la corte de Rodrigo y que á todos nos ha envuelto en su pérdida, arroja lejos de tí la copa de oro realzada con piedras en que bebian los cortesanos, y no perfumes ni aceites tu cabello ante la plancha de plata en que se miraban las mujeres; vive para Dios y para San Juan Bautista, nuestro particular abogado; y si algun dia te sientes con fuerza en el corazon, con fuego en la sangre, con ardor en la frente, abandona el hueco de la peña en que te hayas refugiado y uno á uno habla á todos los hermanos que encuentres, uno á uno recógeles, uno á uno llévalos contigo, y morid entonces como hoy moriremos nosotros, peleando por la religion y por la patria, lanzando nuestro postrer suspiro por Dios y por la libertad.

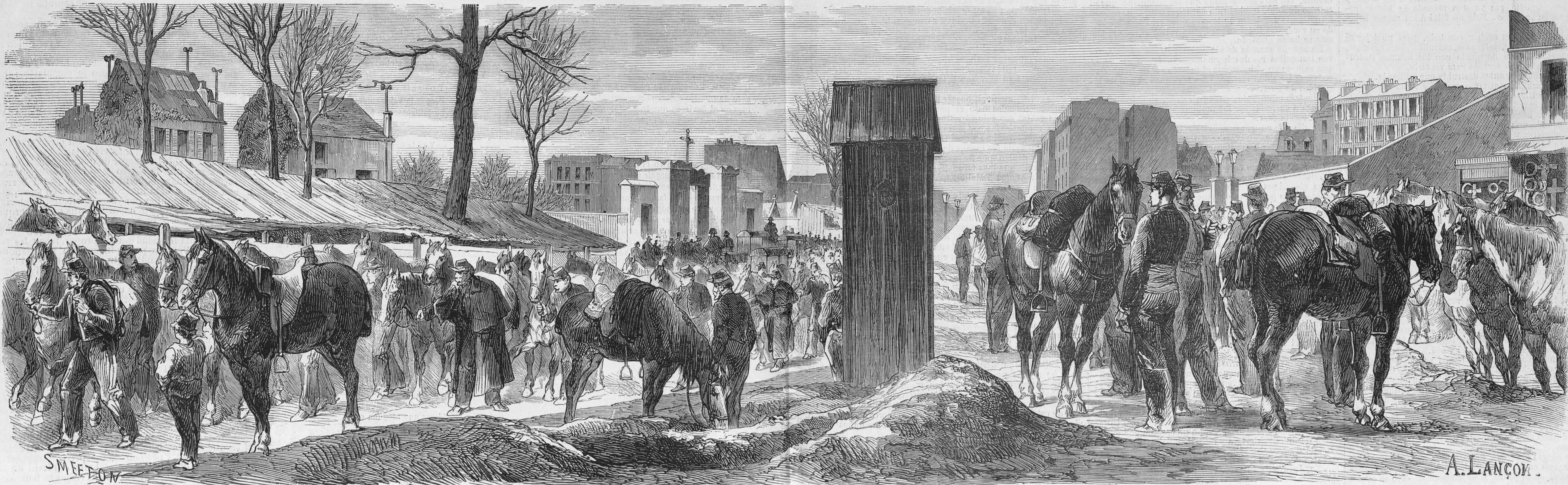
Dijo el anciano, y el jóven Oton besó su mano, regándole al propio tiempo con sus lágrimas.

— ¡Dá ahora el grito de alarma, hijo mio!

Oton se arrojó en el interior de la tienda y gritó con voz de trueno:  
— ¡A las armas! ¡Que se ponga en pié todo el que tenga fuerza para manejar una espada!



PARIS. — Bateria de artilleria llevada á las avanzadas prusianas.



PARIS. — Caballos de artilleria fuera de servicio y llevados al boulevard de Montrouge para el matadero.

SMEETON

A. LANÇON.



Toda aquella poblacion, que dormia pacífica, despertó sobresaltada. Oton les enteró en breves palabras del accidente que sobrevenia. En un momento se hubieron reunido sus jefes y puéstose de acuerdo para el plan que seguir debian.

Las mujeres y ancianos quedaron como en depósito en el torreón de Pano, que era donde mejor podian abrigarse de las flechas de los moros, y los pocos hombres con quienes podia contarse, fueron distribuidos por las murallas comenzadas y tras las almenas que empezaban solo á mostrar sus dientes.

Colocados ya todos en sus puestos, esperaron.

¡Ay! no tuvieron que esperar mucho.

Invasor como torrente que de pronto arroja una peña que se abre, el pinar rasgándose, lanzó un puñado de moros sobre el claro, los cuales, dando feroces y salvajes alaridos, se adelantaron corriendo hacia aquella fortaleza en embrión, así puede llamarse, que se dibujaba ante ellos.

Recibióseles por parte de los cristianos con una nube de dardos con puntas de betun inflamado; la primera fila de sarracenos cayó como tocada por un resorte, pero los demás saltaron por encima de los cadáveres, y llegaron hasta la estacada, donde la multitud de flechas en compacta lluvia fueron á embotar sus puntas de acero en las rodela tras las cuales se guarecian los moros como tras una empalizada de metal.

Pero nada bastó á calmar ni detener su furia, como nada calma ni detiene á la jauria que se arroja hacia la presa.

Los salvajes gritos de ¡Alá! ¡Alá! se mezclaron con los ayes y lamentos de los cristianos que, mal defendidos por los débiles y aun no terminados parapetos de Pano, tuvieron bien pronto que luchar cuerpo á cuerpo con los moros, superiores en número, ya que no en ánimo. La resistencia que se les opuso fué desesperada á todo trance, sin piedad ni misericordia, porque demasiado les constaba que no la tendrian con ellos los sarracenos si la suerte les proclamaba vencedores.

¡Noche de horror y de luto! Allí, en aquel último altar de la religion y la patria, allí, en aquel postrer baluarte de los godos, cayeron una tras otra las víctimas, sucumbiendo como buenos, pereciendo como leales, haciéndose matar al pié de la torre que guardaba á sus hijos y mujeres, tratando, ya que mas no podian, de tapiar la puerta con sus cadáveres.

En lo mas confuso de la pelea, en lo mas encarnizado de la matanza, el anciano de los cabellos blancos fué separado de sus hijos, uno de los cuales habia ya recibido una herida defendiéndole. El anciano hizo cuanto pudo, peleó mientras tuvo fuerzas, pero no tardó el alfange de un árabe en penetrar en su corazón dejándole exánime.

Hubo un momento en que ya cesó la resistencia, ya cesó el combate; desde entonces todo fué carnicería solo. Algunos moros fueron recorriendo el campo de batalla para acabar con los heridos, mientras que otros en el interior del torreón pasaban á cuchillo á los niños y mujeres. Aquello era ya una manada de hienas cebándose en su presa. Solo les faltó á los moros beber sangre.

En seguida, para acabar con todo, para no dejar ni huella de los godos, estacadas, murallas, foso, almenas, torreones, todo fué derribado con los mismos instrumentos que habian servido para elevarlo.

Pano sucumbió, antes destruida que edificada.

El crepúsculo matutino asomaba perezoso cuando los moros se retiraron dejando allí un monton de ruinas revueltas y mezcladas con montones de cadáveres.

Una hora hacia poco mas ó menos que partido habian, cuando uno de los cuerpos tendido en el foso empezó á moverse y agitarse. El aire fresco y puro de la mañana habia hallado aun acaso un germen de vida en aquel hombre reputado cadáver por los árabes. No tardó en incorporarse. Un alfange sarraceno habia hendido su morrión y abierto un surco sobre su frente. El golpe mas bien que la herida le hiciera caer, y de lo alto de la muralla los enemigos le habian arrojado al foso, donde fué la brisa matutina á encontrarle para disipar el sueño y el sopor que inmóvil y amortajado le tenia. Era Oton.

Levantóse bamboleándose y lleno de contusiones, miró á su alrededor y vió solo cadáveres y ruinas.

Arrastróse por entre aquellas calles de muertos queridos, tropezando con los cuerpos y resbalando en la sangre. Iba buscando al anciano de los cabellos blancos y fué para esto pasando revista á todos los cadáveres.

Debía ser atroz el espectáculo de ver á un hijo buscar á su padre muerto entre un monton de muertos hermanos.

Hallóle por fin. Vió brillar una larga cabellera blanca, signo característico de su raza, vió su rostro en el que lucia una sonrisa como si aun aquellos labios estuvieran animados. Postróse ante él y oró.

Terminada su plegaria, extendió su diestra sobre el cuerpo y pareció prestar un juramento.

En seguida cargó el cadáver sobre sus hombros, se dirigió hacia la tienda, y allí, en el sitio mismo donde la víspera habia estado sentado el anciano de los cabellos blancos, despidiéndose de Pano, allí fué donde abrió una huesa y lo enterró.

— ¡Ahora le toca el turno á Feliz! murmuró el joven así que hubo arrojado sobre el cuerpo el último puñado de tierra.

Y se dirigió otra vez á Pano, donde no tardó en hallar á Feliz, con cuyo cuerpo se disponia á hacer lo propio que con el de su padre, si al acercarse al suyo su rostro para darle el beso de despedida los labios de su herma-

no no hubiesen dejado llegar hasta él un hálito tibio y débil. El joven guerrero lanzó un grito de sorpresa y puso su mano sobre el corazón de Feliz.

El corazón latía.

Entonces vendó con precipitación las heridas, fué á buscar agua con su casco en un manantial no muy lejano, rocióle con ella el rostro, y lleno de alegría y júbilo, vióle por fin abrir los ojos.

— ¡Feliz, Feliz! ¡hermano mio!

— ¡Oton! murmuró Feliz.

— Tu hermano sí; pero no Oton. He olvidado este nombre. Ya no me llamo Oton. He hecho un voto, y desde hoy en adelante me llamaré Voto.

## II.

### LA CITA EN LA CUEVA.

Un año ha trascurrido.

¿Por qué siempre se vé sombría la frente de Voto, el gallardo mancebo, el cazador intrépido que aventaja al ciervo en la carrera, que lucha brazo á brazo con el oso de la montaña y que trepa á la roca mas empinada donde tiene su nido el águila, la reina de las aves?... ¿Por qué siempre se muestran sus ojos impregnados de un tinte oscuro y melancólico?... ¿Por qué no abandona jamás el ceño de sus facciones?

¡Ay! es que Voto tiene un corazón que llora, que mana sangre por heridas eternamente abiertas; es que Voto sufre en silencio el oprobio y el baldon que pesa sobre su patria y vé, llorando de rabia, los templos con vertidos en cuadras de caballos por los árabes, y vé, rugiendo de dolor, tremolar triunfante el pendon sarraceno desde las cumbres del Pirineo hasta las hercúleas columnas del estrecho.

Voto es buen hijo y muerde el freno que las legiones bárbaras han puesto á su patria; pero sus esfuerzos son impotentes para romper este freno.

Solo su hermano Feliz le comprende y le apoya, solo su hermano Feliz está á su lado. Los demás hijos de esa misera nación que cayó á orillas del Guadalete, han desaparecido, habitan como ellos las breñas y los montes, están diseminados por la patria en el fondo de sus desiertos como las semillas yacen diseminadas por los campos en las entrañas de la tierra. Mas tambien así como las semillas dan fruto, ellos lanzarán en su día un grito de venganza.

Voto confía y espera.

Recobrado su hermano de las heridas que recibiera en la noche fatal que convirtió á Pano en un monton de ruinas, ha ido con Voto á habitar una ignorada peña donde se han labrado una modesta vivienda.

Allí viven los dos hermanos, olvidados de todo el mundo, sin mas ser animado que les acompañe que el caballo de Voto, noble bruto cordobés que, aun cuando formó parte del botin de los agarenos en Pano, no tardó en escaparse fiel á su amo, para volver al sitio donde este se habia quedado.

En aquella morada donde ha encontrado refugio, viven tranquilos los dos hermanos, esperando el día en que se eleve en el horizonte el mágico sol de la libertad y en que tiemblen estremecidas las peñas al eco de los alaridos de guerra.

Mientras tanto Voto, para entretener su actividad, se entrega á correrías por las montañas y endurece su corazón con la caza.

Un día iba en persecucion de un ciervo que veloz como una saeta atravesaba valles y bosques. Voto le seguía con ardor hasta llegar á una llanura, donde animado por su extension el bizarro mancebo, dió rienda y espuela al espumoso corcel que corrió tras el ciervo con la velocidad del rayo. Hallábase ya cerca de su presa, iba á clavarle el venablo, cuando la vió desaparecer de pronto como por encanto. Inmediatamente, á poco mas, vió el borde de un abismo, quiso detener su caballo pero ya no era tiempo. El precipicio abrió su ancha boca para tragarse.

Entonces, — así lo cuentan las historias, así lo narran las leyendas, — Voto recordó su devoción á san Juan Bautista, y encomendándose de todo corazón á su santo protector en aquel lance fatal, exclamó al ir á arrojarle en la honda cima el ciego caballo:

— ¡San Juan Bautista, valme!

Y el corcel quedó inmóvil en los aires, sobre el abismo, tranquilo y pacífico como en tierra firme.

Admirado Voto, retrocedió con su caballo, echó pié á tierra, decidiendo, por un maquinal impulso del alma, registrar la profunda cima en que iba á estrellarse á no ser por el milagro de su protector. Comenzó pues á bajar por entre matas y breñas abriéndose paso con su espada á través de los árboles que le impedían avanzar, llegó al umbral de una cueva, penetró en ella con religioso temor y vió, creciendo su pasmo, un altar en el fondo de la peña con una efigie de San Juan Bautista alumbrada con el resplandor que despedia una lámpara moribunda. Tendido en el suelo reposaba el cuerpo difunto de un venerable cenobita, al cual respetaban las fieras que iban á apagar su sed en una fuente que corria cerca de aquel misterioso y retirado sitio. La cabeza del eremita descansaba sobre una piedra triangular en la que se veian escritas en latin estas palabras:

«Yo, Joan, el primer ermitaño de este lugar, habiendo despreciado el siglo presente por el amor de Dios, como me fué posible conforme á mis fuerzas, fabriqué

esta iglesia en honra de san Joan Bautista y aquí reposo. Amen.»

El rostro del venerable ermitaño parecia animado por un resplandor del cielo, y sus ojos cerrados y sus megalas contraídas por una angélica sonrisa demostraban la paz que hallara en el eterno sueño y lo puro de aquel corazón que el soplo de la muerte habia helado.

Voto se postró fervientemente ante la imágen, oró con devoción, y atravesando su mente una repentina idea, salió de la cueva y fué en busca de su hermano á quien contó el suceso.

— Feliz, le dijo al concluir, partamos á habitar el asilo que la providencia nos depara. Allí estaremos seguros mientras que aquí nos vemos cada día expuestos á que los moros nos descubran. Allí rogaremos á Dios incesantemente por nuestra patria y aguardaremos tranquilos el día, acaso no lejano, de la santa libertad.

Feliz accedió.

Partieron pues al sitio donde se abria la cueva, sepultaron al muerto anacoreta colocando en la misma huesa la piedra escrita y, vistiendo toscos sayales de humildes eremitas, empezaron á rezar por la patria que tan cruelmente desgarraban las homicidas huestes del falso profeta.

Un año se pasó, y luego otro, hasta quince. La oración no dejó ni un día de salir pura y virgen de los labios de entrambos anacoretas, cuyos cabellos empezaron á encanecer y cuyas luengas y pobladas barbas comenzaron á ornarse con hilos de plata.

En el interin proseguian las correrías de los sarracenos pasándolo todo á sangre y fuego y dando caza por los bosques y montañas á los cristianos como si fueran fieras.

Una mañana del año 743 los dos hermanos oyeron gemidos y lamentos humanos cerca de su cueva. Inmediatamente se dirigieron al sitio de donde partian, que era de entre unas breñas y zarzales, y hallaron desangrándose á un mancebo de gentil continente. Habia sido herido por los moros, los cuales no acabaron con él por haber perdido sus huellas.

Transportaron los dos hermanos al mal parado joven á la cueva, donde solícitos le cuidaron hasta que vieron una á una cerrarse sus heridas y asomar los colores de la salud en su semblante.

Por él tuvieron noticias de que en las montañas de Asturias un varon ilustre llamado Pelayo por los cristianos y Belay por los árabes, habia tremolado el pendon de la independencia y de la cruz, y al frente de un puñado de resueltos astures montañeses se habia precipitado sobre los moros, derrotando al pié de Covadonga un ejército de veinte mil sarracenos. Esta victoria habia dado gran fama á Pelayo, y los valientes reconocidos astures le habian elegido rey.

Voto sintió arder su sangre al relato de la hazaña de Pelayo, y creyó llegado el instante de no aguardar mas, sino de salir de su cueva á cumplir el juramento hecho un día sobre el cadáver de su padre de morir ó triunfar por la sagrada causa de la libertad.

— Oye, díjole una tarde al huésped ya restablecido completamente de sus heridas, ¿conoces tú el camino que guia á las guaridas donde se han retirado los mas nobles caballeros?

— Sí, le contestó el huésped.

— Pues entonces mañana al rayar el día partiremos.

En efecto, al día siguiente, Voto, dejando encomendada la ermita á su hermano Feliz, partia lleno de entusiasmo y esperanza, é iba, como mas tarde debia hacer lo Pedro el Ermitaño, á buscar uno á uno á los guerreros que, agrupados bajo el pendon de la cruz debian hacer temblar con solo el relincho de sus caballos las huestes capitaneadas por Muza y Tarif, debian reconquistar palmo á palmo y regándolo con sangre el territorio escapado de las manos de Rodrigo en una noche de orgía, y debian por fin dar principio á esa raza de héroes titanos que mas tarde llevaron el victorioso estandarte de Aragon á Mallorca, Valencia, Murcia, Sicilia, Grecia y Africa.

¡Noble y santa empresa la del oscuro ermitaño de la por él histórica peña de Uruel!

Voto vió á todos los guerreros que habian sobrevivido, reanimó el ardor apagado de los unos; atizó el entusiasmo de los otros, alentó á los débiles, se adhirió á los fuertes y á todos dió igual cita.

El 4º de enero de 774 en su cueva, en la gruta habitada tantos años por el piadoso Joan de Ares.

Todos prometieron asistir.

Concluida su peregrinación, reunidos ya los elementos que debian formar aquella santa cruzada, Voto se dejó caer de rodillas y, plegadas las manos, de lo íntimo de su corazón envió un cántico de gracias y de alabanzas al señor.

Tornado á su cueva, estrechó con efusión á su hermano entre sus brazos, y brotando de sus ojos lágrimas de la mas pura alegría.

— Feliz, le dijo, hermano mio, ruega al Señor como yo le he rogado ya, y dale gracias por haber permitido que nuestra cueva de Uruel sea la Covadonga aragonesa y por haber querido que nosotros, sus mas oscuros y humildes siervos, seamos los que arrojemos desde lo alto de estas peñas un ejército sobre los moros, como él, en sus días de cólera arroja de lo alto de las nubes un rayo sobre los réprobos.

V. BALAGUER.

(Se continuará.)

## Escenas de la vida inglesa.

## EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el N.º 944.)

— ¿Y no podeis tratar de convencerla?  
— ¿De qué modo, cuando estoy convencido yo de que Enrique vive? Sí, estoy convencido de que aun nos ha de dar muy malos ratos, pues mi pobre hija le ama con delirio. Dios sabe, amigo Coventry, que yo no desearia mas sino que os casárais con mi hija; pero como hombre de honor, debo hablaros sin rodeos. Mi hija no se casará con vos en tanto que viva Little... Me he incomodado no poco con ella, porque no quiere salir del cuarto, mientras vos esteis aquí... ¿Debo repetiros sus palabras?... Me ha dicho: «Le estimo y le admiro, pero no puedo ya soportar su vista.» Y todo esto porque he dicho que no creia en la muerte de Enrique... La he repetido que muerto ó vivo estaba perdido para ella...

— ¿Y qué ha contestado?  
— Nada; se retorcia las manos llorando. ¡Ay! amigo mio, no sabeis lo terrible que es para un padre el ver á su hija en un estado semejante.

M. Garden sollozaba.  
— Somos dos personas bien infelices, prosiguió al cabo de un instante. Perdonadnos y abandonadnos á nuestro delirio.

Coventry dijo con la muerte en el corazon:  
— Si tales son las órdenes de miss Garden, me alejo; ¡adiós!

Y salió para Hillsborough mas desgraciado que los que dejaba en aquella casa, aunque con la diferencia de que merecia la desgracia y mucho mas.

Dos dias despues Coventry envió á M. Garden un telegrama concebido en estos términos:

«Asunto Little: descubrimiento importante, venid.»  
M. Garden se guardó muy bien de comunicar este incidente á Gracia: lo que hizo fué decirle que un asunto urgente le llamaba á Hillsborough, y marchó inmediatamente.

## XXXIV.

## EL TESTAMENTO Y LA CARTA INTERCEPTADA.

En tanto que M. Garden se dirige á Hillsborough con una velocidad de 50 millas por hora, echemos una rápida ojeada sobre lo que pasaba en Raby-hall y sobre la piadosa conjuracion que allí se fraguaba.

El efecto indirecto de esta conjuracion, al alejar á Gracia Garden de Mrs. Little y de Jael Dence, fué tan imprevisto como desastroso; pero su efecto inmediato sobre Mrs. Little alentó plenamente á los que habian emprendido una tarea tan difeíl.

La buena viuda no parecia tener ninguna inquietud sobre la suerte de su hijo.

Habíanla persuadido que habia marchado á América á vender sus privilegios, y esta explicacion muy natural de su ausencia la habia tranquilizado completamente. Contenta por haberse reconciliado con su hermano y por encontrarse en medio de sus recuerdos de infancia, Mrs. Little no tardó en recobrar la salud.

Poco á poco cobró afición á Jael que, de enfermera, pasó á ser su discípula. La enseñó la gramática, la pronunciacion, el baile, los buenos modales, la música y las primeras nociones de piano.

Como la institutriz era hábil y la discípula inteligente, Jael hizo muy luego rápidos progresos.

Esta enseñanza, inspirada por el cariño, interesaba á Mrs. Little en alto grado, y como Jael hacia esfuerzos para distraer á la viuda y fortificarla, acompañándola cada dia al paseo á pié ó á caballo, las horas pasaban muy agradablemente para Mrs. Little.

Con arreglo á las instrucciones de la jóven, M. Raby se presentaba rara vez y hacia frecuentes ausencias; pero cuando estaba en casa, se reunian los tres á las horas de comida.

Entonces Mrs. Little solia hablar de su hijo como una madre dichosa, lo cual sobresaltaba á los oyentes. M. Raby, que no tenia bastante imperio sobre sí mismo para disimular, se escondia detrás de sus periódicos.

Obligada á estar siempre alerta y ocupada de Mrs. Little, Jael llegó insensiblemente si no á olvidar, al menos á adormecer sus propios pesares; pero sus pesares así contenidos, hacian explosion con mucha frecuencia.

Un dia su amiga la sorprendió llorando; y despues de haberla mirado con sorpresa, se sentó á su lado, la tomó la mano y la dijo:

— ¿Por qué os afligís, hija mia? Si habeis perdido un padre, habeis ganado una madre, y en cuanto á vuestra hermana, no teneis por qué desesperaros. Mi Enrique está en el mismo pais que ella y yo no me atormento. En cuanto escriba le encargaré que busque á Patty y la traiga con su marido.

Y Mrs. Little la colmó de caricias, en tanto que la jóven lloraba á mas y mejor, no por ella sino por aquella

pobre madre que la prodigaba los consuelos sin sospechar el terrible golpe que la esperaba.

Las cosas no marchaban mal.  
Sin embargo, una mañana que Mrs. Little hablaba de su hijo, sorprendió una mirada de inteligencia entre su hermano y Jael Dence. La chocó, aunque sin dar al caso grande importancia, y se propuso observarlos.

Al otro dia á la hora de la comida preguntó á Raby si pensaba que tendria pronto noticias de su hijo.

— No sé, contestó el squire, buseando la contestacion que debia dar en los ojos de Jael Dence.

Mrs. Little se volvió hácia la jóven y la dirigió la misma pregunta.

— ¡Oh! exclamó Jael, el doctor Amboyne podia decirlo mejor que yo. Está muy lejos la América.

— Ni uno ni otro me contestais, replicó la viuda, á quien parecian muy extrañas aquellas evasivas.

Todos callaron.

Mrs. Little no insistió, pero no estaba por cierto satisfecha.

El silencio de su hijo comenzaba á inquietarla, y escribió al doctor pidiendo explicaciones.

Amboyne contestó que, aunque Enrique hubiese marchado en vapor todavia no habria tenido tiempo de escribir; y era el caso que se habia embarcado en un buque de vela.

«Tres meses y medio para el viaje, la decia, y dos para que llegue la carta, es el mínimun. No esperéis noticias antes.

En la misma carta felicitaba á la viuda por el restablecimiento de su salud, añadiendo que se regocijaba aun mas por sí mismo que por ella, pues eso le prometia la realizacion de sus mas gratas esperanzas.

Mrs. Little guardó esta carta sonrojándose y cayó en una meditacion profunda.

El doctor hizo una ó dos visitas y recordó á Mrs. Little aquella especie de compromiso que tenia pendiente con él hacia algun tiempo.

Mrs. Little no declinó la proposicion, pero pidió mas tiempo, porque no queria casarse en segundas nupcias sin haber consultado á su hijo, ó al menos sin haberle escrito sobre el asunto.

Mientras contemporizaba de este modo, ocurrían sucesos en Eastbauk que desmoronaban el laborioso edificio de mentiras elevado por los habitantes de Raby-hall.

Esta série de acontecimientos principió por la entrevista de M. Garden y de Coventry en Hillsborough.

Apenas habia llegado M. Garden corrió á Woodbine-villa y pidió á Coventry la explicacion del misterioso telegrama.

— Ya no se trata de conjeturas, sino de un hecho auténtico y muy importante, como os anunciaba en mi despacho, dijo Coventry. Little ha hecho testamento: mi abogado le ha redactado y le guarda.

— Muy bien. Voy pues, á saber quién se presentará á cobrar las 5,000 libras. Ya vereis como va á ser el segundo acto de la comedia.

— Hé aquí lo que dice el testamento: Lega á su madre la propiedad de una cantidad de 4,900 libras, de la que es usufructuaria, y señala 100 libras á Jael Dence. Lo demás de su fortuna actual ó *en expectativa*, lo deja... á miss Garden.

— ¡Cielos! ¿Es posible? exclamó M. Garden en el colmo de la sorpresa.

— Nada mas cierto. Así pues, si Enrique viviera, miss Garden seria cómplice del fraude; y si ha muerto, como yo creo, las 5,000 libras pertenecen desde ahora á vuestra hija.

— ¿Estais cierto de lo que decís? ¿Quién os ha dado estas noticias?

— Un pasante del abogado que es hijo de uno de mis arrendatarios. Además, creo que el abogado tiene dudas sobre la muerte de Little... Pero vamos á ver, ¿qué os parece todo esto?...

— No sé qué pensar por el pronto, pero preveo que me voy á encontrar en un apuro. No quiero privar á mi hija de un bien que la pertenece honradamente, y por otra parte, como director del *Buitre*, debo defender los intereses de la Compañía. ¿Cómo pagar las 5,000 libras en tanto que no conste la muerte de Little?

— Nada mas fácil, yo me encargo del asunto. Ya tengo hecha una informacion particular por mi propia cuenta. He ido á la fabrica y he pedido á los obreros que conocian á Little que examinen los restos conservados en las casas consistoriales... Aquí mismo han de venir á darnos cuenta de su cometido.

El dia siguiente los dos amigos almorzaban juntos, cuando anunciaron que dos obreros deseaban ver á M. Coventry.

Introducidos seguidamente, los dos obreros afirmaron que la mano conservada era positivamente la de Enrique Little.

Coventry les sometió á un interrogatorio en toda regla, y ellos persistieron en su conviccion con tanta mas firmeza, cuanto que no eran otros que Sam Cole y uno de sus acólitos sobornados por Coventry para desempeñar aquella comedia.

M. Garden, deseoso de creer, oyó la declaracion con una satisfaccion mal disimulada.

En cuanto salieron los obreros, Coventry se apresuró á poner en obra todas sus mañas, para hacer cesar las vacilaciones de M. Garden.

— Vuestros escrúpulos os honran, le dijo, pero vuestra hija no debe ser victima de ellos. Tratad de persuadirla de que Enrique está bien muerto; insinuat que debe recompensar mi constancia otorgándome su mano, y yo me encargo de todo lo que pueda ser delicado para

vos en este asunto. En tiempo oportuno me presentaré en las oficinas del *Buitre* y reclamaré el dinero de mi esposa. Entre tanto no hariais mal en escribir á vuestra Compañía para alejar toda acusacion de fraude. Es un acto de justicia que debeis á miss Garden y á la conciencia del difunto.

— Teneis razon, eso preparará la via á vuestra reclamacion en favor de Mrs. Coventry; sois un verdadero amigo y un amante como hay pocos.

M. Garden se volvió á Eastbauk con la decision de casar á su hija con Coventry en el mas breve plazo posible.

Tuvo buen cuidado de descubrir á Gracia que Enrique Little habia hecho testamento en su favor, pues la conocia lo bastante para saber que rechazaria el legado; pero si la dijo que los obreros de la fabrica habian reconocido la mano de Enrique Little, y añadió que sentia mucho haberse mostrado injusto con un hombre cuya muerte desgraciadamente era bien cierta.

Esta retractacion de su padre dió el último golpe á la esperanza de la pobre jóven.

Ahora se encontraba en la alternativa de morir por el hombre que habia amado, ó de vivir para otro.

El recuerdo de Jael Dence, que vino á mezclarse en sus angustias, la hizo optar por este último partido.

Gracia sufrió otra crisis de desesperacion y luego tomó una resolucion repentina y enérgica, que fué la de olvidar lo pasado, ó por mejor decir, la de olvidarse á sí misma.

Se mostró mas amable que nunca con su padre, y estuvo afable con M. Coventry cuantas veces la visitó, llegando á veces á sonreírle, aunque con tristeza.

M. Coventry comprendió muy luego, no sin una secreta alegría, que la jóven no resistiria largo tiempo á los esfuerzos combinados de su padre y de su adorador; mas para no asustarla, eyó hablarla de sus esperanzas, y no la manifestó sino una tierna simpatía.

¿Para qué precipitar las cosas?

Estaba bien seguro de que un dia ú otro la jóven, cansada de resistir, caería en sus brazos.

Era cuestion de tiempo.

Coventry salia rara vez de Eastbauk para hacer apariciones en Hillsborough y vivia constantemente con M. Garden y su hija.

Una mañana estando en el almuerzo, el cartero le entregó una carta procedente de Hillsborough y en cuyo sobre distinguió una L mayúscula.

Era una señal convenida con su afiliado Lally.

Coventry se guardó el mensaje, pero se puso muy pálido y su mano temblaba cuando se llevó el vaso á la boca.

Felizmente para él, nadie notó su emocion.

Concluido el almuerzo, bajó al jardin y se metió en un cenador de verdura, donde nadie podia verle sino al través de las hojas que formaban como una celosía.

Abrió el sobre y encontró entre varias cartas insignificantes, una con sello extranjero, dirigida á miss Garden.

Coventry reconoció al instante la letra de Enrique Little.

Como era la segunda carta de Enrique á Gracia que él interceptaba, será bueno que demos á conocer la primera.

Se recordará á que cuando Coventry penetró en la fabrica Little y Bolt despues de la explosion, encontró á sus piés la caja de la correspondencia, de la cual se apoderó.

Seis cartas contenia aquella caja, dirigidas á M. Bolf, al doctor Amboyne, al contramaestre Boyne, á Jael Dence, á Mrs. Little y á Gracia Garden.

Esta última era muy corta, pero muy afectuosa; rebusaba amor, resolucion y esperanza.

Enrique á punto de marchar á América se despedia de su prometida esposa, diciéndola que habiendo ido á su casa aquel dia, habia tenido el dolor de no encontrarla, de lo que despues se alegró, porque quizás no habria tenido fuerzas para alejarse de ella.

Tal era el sentido de esta carta, cuyos términos habrian podido ablandar á un corazon de mármol.

El lector habrá observado sin duda que Coventry no habia sido mas dichoso despues de la desaparicion de su rival.

La carta en cuestion era la causa.

Con efecto, la carta le noticiaba que su rival se habia librado de la muerte y por lo tanto habia él cometido un crimen inútil.

La presencia de las cartas en la caja le hacia conjeturar que el amo de la fabrica habia partido secretamente antes de la explosion. (Sabido es que Enrique habia mandado abrir una puertecilla falsa para su uso, por la que podia salir sin que le viera nadie.) Luego aquella carta interceptada le causaba un remordimiento amargo, sin ningun arrepentimiento. Ahora bien, el remordimiento sin el arrepentimiento que aconseja la reparacion, convierte á un hombre en un miserable.

Sin embargo, habian trascurrido meses sin ninguna otra noticia de Little, y Coventry comenzaba á creer que un fin prematuro le habia por fin librado de su rival.

Pero ¡ay! la segunda carta que tenia en las manos le sacó de su dulce sueño:

Hé aquí su contenido:

(Se continuará.)

LA

**distribucion de viveres**REGALADOS A LA POBLACION  
DE PARIS POR LOS INGLESES.

El pueblo inglés ha hecho á los parisienses un magnífico regalo de comestibles. ¡Honor á él! Los pueblos son hermanos y se ayudan á pesar de los soberanos y de los ministros.

La distribucion de esos comestibles consistentes en carnes saladas, queso, sal, ha ofrecido aspectos pintorescos como el que representa nuestra lámina.

Es en la calle del Banco. La gente forma una *cola* monstruosa que, partiendo de uno de los extremos de esa calle por el lado de la plaza de Petits-Pères, sigue hasta la calle Paul Lelong, en la cual se inclina á la derecha, llegando hasta la de Nuestra Señora de las Victorias. Aquí hay otra inclinacion tambien á la derecha. Por esa calle baja casi hasta la plaza de Petits-Pères, y se detiene por fin delante de una casa en donde se efectúa el reparto.

Pero en esta última porcion de su trayecto toma proporciones enormes, el arroyo se ha convertido en rio y hasta en brazo de mar. La calle está totalmente invadida; hay remolinos y torbellinos, y naturalmente, tambien hay tempestades; el martes último vimos una: el desorden se introdujo en la fila y hubo una confusion general, hasta que al cabo pusieron un cartel en la casa de los regalos con esta inscripcion terrible:

SE HA TERMINADO EL REPARTO.

La alcaldía del distrito no tiene nada que ver en la distribucion de la calle de Nuestra Señora de las Victorias; pues se hace por los mismos delegados ingleses, con la particularidad de que dan comestibles á toda persona que se presenta con su cédula de racionamiento, sea cual fuere el barrio que habite y dan mucho á todos. De aquí la afluencia tan considerable en este punto; es una avidez que no hubiéramos creído en la poblacion parisiense, sin contar que da motivo á muchos escándalos.

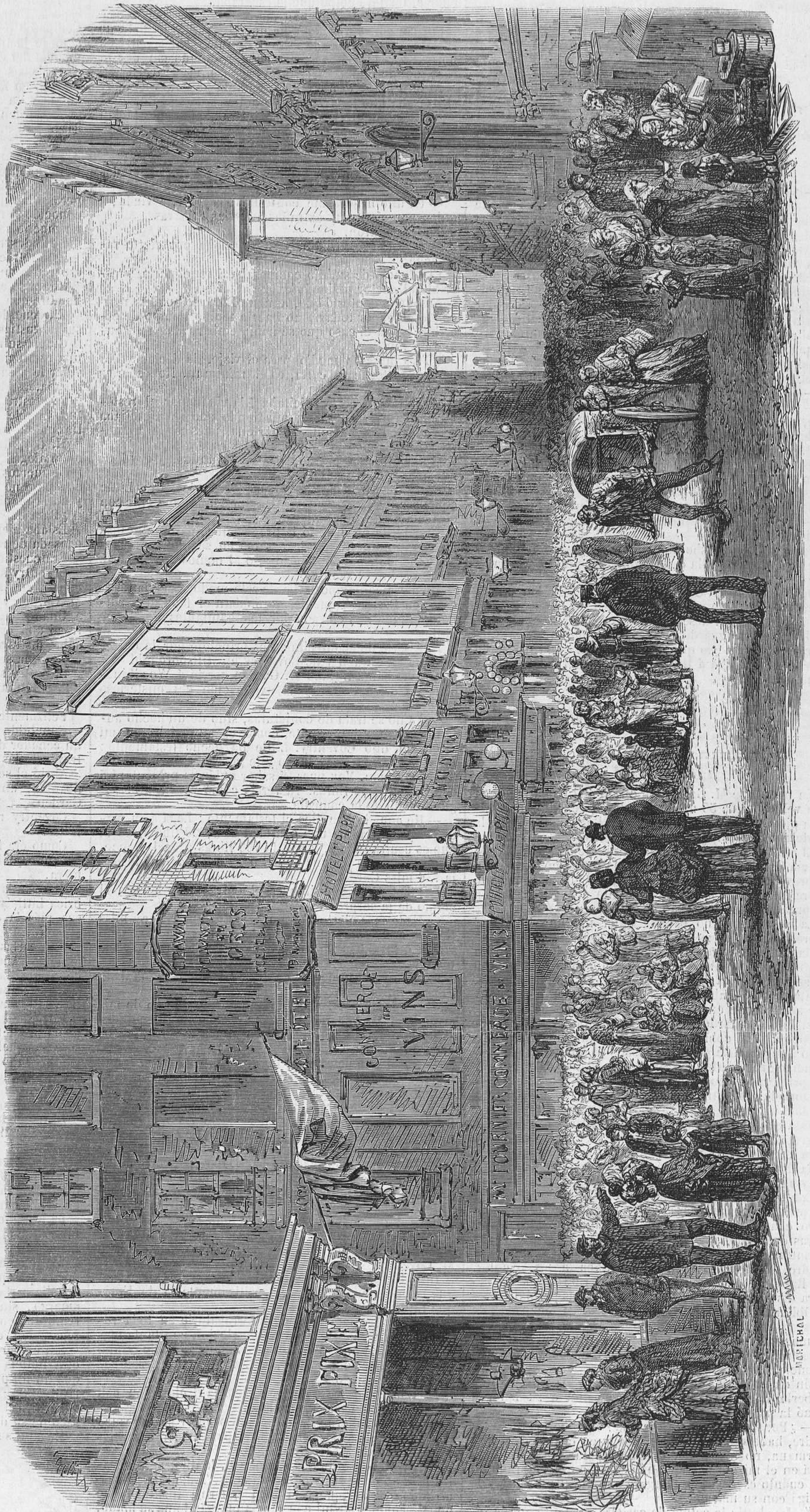
La generalidad del reparto ha despertado el apetito de los industriales de baja esfera. Ocupar un puesto en la fila ofrece una garantía segura; estos puestos se venden hasta por 3 francos. Hay gente que pasa allí cuarenta y ocho horas; llevan una silla y una manta, comen y duermen y sobre todo charlan muchas veces lo que deberian callarse.

No sabemos cómo el alcalde de Paris no ha hecho comprender á los delegados ingleses los inconvenientes que ofrecia semejante sistema de reparto.

La distribucion por medio de las alcaldías se hace de otro modo, generalmente tiene efecto en las carnicerías municipales, pero hay excepciones; por ejemplo en el 7º distrito se hace en los grandes almacenes de novedades de M. Boucicaut (el *Bon Marché*), quien ha querido encargarse de esta obra filantrópica, para lo cual ha abierto las nuevas construcciones de la calle de Sévres. Sus dependientes, hombres y mujeres, hacen el reparto con la misma prodigalidad que en la calle de Nuestra Señora de las Victorias.

Todo el mundo se rie, los que reparten y los que reciben, todo el mundo está alegre. ¡Es tan grato recibir buenos regalos!

Desgraciadamente no en todos los distritos sucede lo mismo; la



PARIS. — Distribucion gratuita de los comestibles regalados á la poblacion por los ingleses.

MORTIER

mano de los repartidores es avara despues de esperar muchas horas, los infelices reciben 30 gramas de una cosa ú otra, de modo que no hay motivo para felicitarse.

Es muy extraña esa desigualdad y la gente se queja con razon de que haya dos pesos y dos medidas para el reparto de los comestibles ingleses.

C. P.

**Escenas**

**DEL ABASTECIMIENTO DE PARIS.**

(Cuadros copiados en la calle.)

Desde que principiaron á entrar víveres en la ciudad sitiada, no hemos oido otra cosa que estas exclamaciones:

— ¡Oh! ¡qué hermoso pescado!

— ¡Oh! ¡qué hermosas aves!

— ¡Oh! ¡qué rica carne!



Cuadros del abastecimiento de Paris. — El vendedor de patata.

Y los vendedores de comestibles ven que se agrupa con curiosidad ante las provisiones de sus tiendas la multitud de los transeuntes que en los tiempos normales se para á contemplar fotografías y estampas.

La primera semana la afluencia mas considerable era en los mercados, que se habian hecho inaccesibles tanto por la multitud como por la carestía de los precios.

Empero á fuerza de llegar wágones cargados de vituallas principiaron á colmarse los vacíos, llegó la abundancia, los víveres se esparcieron por todos los barrios, fueron bajando los precios, y en el dia hemos conquistado poco á poco el antiguo equilibrio.

¡Qué alegría á cada remesa! ¡Qué fiesta para los ojos! Nada mas alegre que el espectáculo de escarró de aves, pollos, gallinas, pavos y capones; los pobres volátiles no sospechaban qué queria decir para ellos la admiracion de los espectadores.

Mas allá encontramos el pescado popular, el arenque que el rico pagaba ayer á peso de oro, y



El vendedor de aves.



El vendedor de verduras.



El vendedor de arenques.

que hoy el París opulento abandona á la poblacion de los arrabales.

Una de las sorpresas mas notables es la que ha producido la aparicion de la patata frita. Diríase que la patata frita y la castaña asada sirven de rótulos vivos á los esquinzos de las calles, pues la patata frita tiene sobre la castaña la ventaja de que no desaparece en todo el año.

La verdura y las legumbres frescas han tenido tambien sus admiradores y partidarios. La gente estaba ya bien cansada de pagar tres reales por una cebolla que se habria podido tomar por una bala de un fusil Chassepot.

Hemos pasado por fin el período del hambre, cada dia llegan nuevas remesas y estando ya bien satisfecho el estómago, se principia á pensar en otras necesidades.

Se anuncia combustible para nuestras máquinas, carbon de piedra para el gas y papel para los periódicos. *El Correo de Ultramar* le espera con ansia, pues solo á fuerza de trabajo y haciendo grandes sacrificios ha podido obtener en estos últimos meses el que le hace falta.

L. C.

### Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

Tan solo una vez fijó Juan Willet los ojos en el joven caballero como para preguntarle con la mirada si habia reparado en su silencioso vecino. Era indudable que Juan y el joven se habian visto con frecuencia en una época anterior, pero convencido Juan de que su mirada no recibia contestacion y que ni siquiera la habia advertido la persona á quien se dirigia, concentró gradualmente su poder visual en un solo foco para apuntarlo sobre el hombre del sombrero de alas caidas, llegando á adquirir por último su mirada fija una intensidad tan notable, que llegó á llamar la atencion de todos los parroquianos, los cuales de comun acuerdo y quitándose las pipas de la boca, principiaron á mirar igualmente con curiosidad al misterioso personaje.

El robusto posadero tenia un par de ojos grandes y estúpidos como los de un pez, y el hombrecillo que habia aventurado la observacion acerca de la luna (era sacristan y campanero de Chiquell, aldea situada cerca del Maypole) tenia ojillos redondos, negros y brillantes como cuentas de rosario. Este hombrecillo llevaba además en las rodilleras de sus calzones de color de hierro oxidado, en su chaqueta del mismo color y en su chaleco de solapas caidas, espesas hileras de pequeños botones extraños que se parecian á sus ojos, y su semejanza era tan notable que cuando brillaban y centelleaban á la llama del hogar, reflejada igualmente por los lucientes lazos de sus zapatos, parecia todo ojos de piés á cabeza, y se hubiera dicho que los empleaba á un tiempo para contemplar al desconocido. ¿A quién asomará que un hombre llegase á sentirse mal bajo el fuego de semejante batería, sin hablar á los ojos pertenecientes á Tomas Cobb el rechoncho, mercader de velas de sebo y empleado en correos, y los del largo Felipe Parkes, el guardabosques, que impulsados ambos por el contagio del ejemplo, miraban con no menos insistencia al hombre del sombrero alicaído?

Este personaje acabó en fin por sentir un grave mal-estar. ¿Era acaso por verse expuesto á esta descarga de inquisidoras miradas? Tal vez dependia esto de la indole de sus anteriores meditaciones, porque cuando cambió de postura y dirigió por casualidad una mirada en torno suyo, se estremeció al verse convertido en blanco de miradas tan penetrantes y lanzó al grupo de la chimenea una mirada airada y recelosa. Esa mirada produjo el efecto de desviar inmediatamente todos los ojos hácia el fuego, á excepcion de los de Juan Willet que, viéndose cogido en fragante delito, y no siendo, como hemos dicho antes, de un genio muy vivo, continuó contemplando á su huésped de una manera singularmente torpe y embarazada.

— ¡Y qué! dijo el desconocido.

Este ¡y qué! no era un largo discurso, pero el tono con que fué pronunciado tenia mucha elocuencia y significacion.

— Creí que habiais pedido algo, dijo el posadero despues de una pausa de dos ó tres minutos para tomarse tiempo y reflexionar.

El desconocido se quitó el sombrero y descubrió las facciones duras de un hombre de unos sesenta años, fatigadas y gastadas por el tiempo. Su expresion, naturalmente ruda, no la suavizaba por el pañuelo negro con que se cubria la cabeza, y que mientras le servia de peluca dejaba en la sombra su frente y ocultaba casi sus cejas. ¿Era acaso para distraer las miradas y ocultar una profunda cicatriz que le cruzaba la mequilla? Si este era su objeto, no lo conseguia porque saltaba á la vista. Su tez era de un matiz cadavérico, y su barba indicaba por lo crecida y canosa que no habia sido afeitada al

menos en tres semanas. Tal era el personaje miserablemente vestido, que se levantó entonces de su asiento, se paseó por la cocina, y volvió algunos instantes despues para sentarse en el rincon de la chimenea que le cedió muy pronto el sacristan por finura ó por miedo.

— ¡Es un bandido! dijo Tomás Cobbaloido de Parkes el guardabosques.

— ¿Creeis que los bandidos no van mejor vestidos que ese hombre? respondió Parkes. Es algun mendigo, Tomás. Los bandidos no van vestidos de harapos; os aseguro que todos visten hasta con lujo.

Durante este diálogo, el objeto de sus conjeturas habia hecho al establecimiento la honra de pedir algo que cenar, y fué servido por José, hijo del posadero, mozo de unos veinte años, de anchos hombros y de elevada estatura, á quien su padre se complacia aun en considerar como un niño y en tratarle como á tal.

El desconocido al tender las manos para calentárselas al fuego, volvió la cabeza hácia los parroquianos, y despues de lanzarles una mirada penetrante, dijo con voz adecuada á su exterior:

— ¿Qué casa es esta que se halla á una milla de aquí?

— Una taberna, dijo el posadero con su tono habitual.

— ¡Una taberna, padre! exclamó José. ¿Qué estais diciendo? ¿Una taberna á una milla del Maypole? Os pregunta sin duda por la Garenne. ¿No preguntais, caballero, por una casa grande de ladrillo que se alza en medio de una rica hacienda?

— Sí, contestó el desconocido.

— Esa casa se hallaba hace quince ó veinte años en medio de una posesion cinco veces mayor, pero ha ido desapareciendo campo tras campo hasta quedar reducida al estado actual. ¡Es lástima! continuó el joven.

— No lo niego, pero mi pregunta tenia por objeto á su dueño. Me importa muy poco saber si esa hacienda era mayor hace veinte años, y en cuanto á lo que es ahora, puedo verlo por mí propio.

El presunto heredero del Maypole se aplicó el índice á los labios, y lanzando una mirada hácia el caballero que hemos dado á conocer y que no habia cambiado de actitud cuando el desconocido preguntó por la casa, repuso bajando la voz:

— El dueño se llama Haredale, mister Godofredo Haredale y....

Pepé lanzó otra mirada en la misma direccion.

— Y es un cumplido caballero, añadió terminando la frase con una tosecilla muy significativa.

Pero el desconocido no hizo caso de la tos ni del ademán recomendando el silencio que le habia precedido, y continuó preguntando.

— Me he separado de mi camino al venir aquí y he seguido la senda que conduce al través de los campos de la Garenne. ¿Quién es la señora que he visto subir en un coche? ¿Es su hija?

— ¿Qué sé yo, buen hombre? dijo José que con excusa de arreglar los tizones se aproximó con disimulo al indiscreto preguntador y le tiró de la manga. No he visto nunca á esa señora de quien hablais. ¡Cáspita! ¡Cómo sopla el viento! ¡No cesa de llover! ¡Qué noche de perros!

— Terrible noche, en efecto, dijo el desconocido.

— Supongo que estareis acostumbrado á pasar noches malas como esta, dijo José aprovechando una ocasion propicia para dar á la conversacion un giro diferente.

— Sí, las he pasado muy malas, contestó el desconocido. Pero hablemos de la señora joven que he visto. ¿Tiene Haredale una hija?

— No, no, respondió José con impaciencia. Es soltero.... es... Dejados en paz con vuestra señora joven. ¿No estais viendo que no gusta vuestra conversacion?

— Sin hacer caso de esa indirecta del padre Cobos dicha al oido, y manifestando no haberla oido, el verdugo continuó poniendo á prueba la paciencia de José.

— ¡Miren qué razon de pié de banco! No seria la primera vez que un soltero tuviera hijas. ¡Como si no pudiera ser hija suya sin estar casado!

— No sé lo que quereis decir, repuso José, añadiendo en voz auu mas baja y acercándose: ¿lo haceis á propósito?

— Os confieso que no abrigo ninguna mala intencion. No veo qué mal hay en haceros esta pregunta. ¿Qué tiene de extraño que un extranjero trate de informarse de los habitantes de una casa notable en un pais que desconoce? No hay motivo para que hagais esos aspavientos y os alarmeis como si conspirase contra el rey Jorge. ¿No podeis explicarme con franqueza la causa de vuestra alarma? Os repito que soy extranjero y que no entiendo vuestros ademanes ni vuestras palabras.

Al hacer esta observacion indicaba con la mano la persona que causaba indudablemente la inquietud de José Willet.

El caballero se habia levantado, se cubria con la capa y se disponia á salir. Entregó una moneda para pagar el gasto, y salió de la cocina acompañado de José que tomó una vela para alumbrarle hasta la puerta del meson.

Mientras José se ausentaba para acompañar al caballero, el viejo Willet y sus tres compañeros continuaron fumando con la mayor gravedad y el mas profundo silencio, teniendo cada cual sus ojos fijos en un caldero de cobre que colgaba de los llares sobre el fuego.

Ai cabo de algunos minutos, Juan Willet meneó lentamente la cabeza, y sus amigos la menearon tambien, pero sin que ninguno de ellos apartase los ojos del caldero y sin cambiar en un ápice la expresion solemne de su fisonomía.

Finalmente José volvió á entrar en la cocina con rostro alegre y amable, como quien espera una reprimenda y quiere parar el golpe.

— ¡Lo que es el amor! dijo, acercando un banquillo al fuego y dirigiendo en torno una mirada que soliciaba la simpatía. Acaba de partir para Lóndres en de-rechura. Su caballo, que cojea de tanto galopar por aquí toda la tarde, apenas ha tenido tiempo para descansar en la paja de la cuadra, cuando el amo renuncia á una buena cena y á una blanda cama. ¿Y sabeis por qué? Porque la señorita Haredale ha ido á un baile de máscara á Lóndres, y cifra él toda su dicha en verla. No lo haria yo por mas linda que fuera. Pero yo no estoy enamorado, y no sé lo que haria si mi hallara en su puesto, lo cual es muy distinto.

— ¿Está enamorado? preguntó el desconocido.

— Un poco, repuso José; podria estarlo menos, pero no puede estarlo mas.

— ¡Silencio, caballero! dijo el padre.

— Eres un charlatan, José, dijo el largo Parkes.

— ¿Habrá muchacho mas indiscreto? murmuró Tomás Cobb.

— ¡Qué torbellino! ¡Faltar así al respeto á su padre! exclamó el sacristan.

— ¿Qué he dicho pues? repuso el pobre José.

— ¡Silencio, caballero! repitió su padre. ¿Cómo os permitis hablar mientras veis que personas que os doblan y triplican la edad están sentadas sin pronunciar una palabra?

— Pues casualmente esta es la ocasion mas oportuna para hablar, dijo José con terquedad.

— ¡La ocasion mas oportuna! repitió su padre. No hay ocasion oportuna que valga.

— Es verdad, dijo Parkes inclinándose con gravedad su cabeza hácia los otros dos, que inclinaron tambien sus cabezas y murmuraron en voz baja que la observacion era exactísima.

— Sí, caballero, la ocasion oportuna es la de callar, repuso Juan Willet. Cuando yo tenia vuestra edad, nunca hablaba, nunca tenia comezon de hablar; escuchaba para instruirme... Esto es lo que hacia.

— Y á eso se debe, José, que tengais en vuestro padre un primer espada en materia de discurrir, dijo Parkes, de modo que nadie compite con él en raciocinio.

— Entendámonos, Felipe, contestó Juan Willet lanzando por uno de los ángulos de la boca una nube de humo larga, delgada y sinuosa y mirándola con aire distraido mientras desaparecia; entendámonos, Felipe, el raciocinio es un don de la naturaleza. Si la naturaleza dota á un hombre con las poderosas facultades del raciocinio, este hombre tiene derecho para honrarse con este don, y no lo tiene para encerrarse en una falsa modestia y negar que ha recibido esta prerogativa, porque de lo contrario seria volver la espalda á la naturaleza, burlarse de ella, no estimar sus dones mas preciosos y rebajarse hasta el cerdo que no merece que le arrojen perlas.

Como el posadero hizo una larga pausa, Parkes creyó naturalmente que se habia terminado el discurso; así pues, dijo volviéndose hácia el joven con ademán severo:

— ¿Oyes lo que dice tu padre, José? Supongo que no tratarás de competir con él en raciocinio.

— Sí... dijo Juan Willet trasladando sus ojos del techo al rostro de su interlocutor y articulando el monosílabo como si estuviera escrito en letras mayúsculas, para hacerle ver que habia obrado muy á la ligera al interrumpirle con una precipitacion inconveniente y poco respetuosa; si la naturaleza me hubiera conferido el don del raciocinio ¿por qué no lo habia de confesar ó mas bien por qué no habia de vanagloriarme? Sí, señor; en este punto soy un buen espada. Teneis razon, y he dado mis pruebas en esta cocina una y mil veces, como sabeis muy bien, al menos así lo creo. Si no lo sabeis, añadió Juan Willet volviendo á ponerse la pipa en la boca, si no lo sabeis... mejor, porque no tengo orgullo, y no seré yo quien os lo cuente.

Un murmullo general de sus tres amigos, acompañado de un movimiento general de aprobacion de sus cabezas, en direccion siempre al caldero de cobre, aseguró á Juan Willet de que sabian bien lo que valian sus facultades intelectuales para quedar convencidos de su superioridad. Juan continuó fumando con mayor dignidad examinándoles silenciosamente.

— ¡Vaya una conversacion divertida! dijo José entre dientes y haciendo ademanes de descontento. Pero si quereis decir con eso que nunca debo abrir la boca...

— ¡Silencio, caballero! exclamó su padre. No, no debeis abrirla jamás. Cuando os pidan vuestro parecer, dadle; cuando os hablen, hablad, y cuando no os pidan vuestro parecer ni os hablen, no lo deis y no habléis. ¡Por vida mia! ¡cómo ha cambiado el mundo desde mi juventud! Creo en verdad que ya no hay niños, que no hay ya diferencia entre un niño y un hombre, y que todos los niños se han ido de este mundo con S. M. el difunto rey Jorge II.

— Vuestra observacion es exactísima, exceptuando sin embargo á los principes, dijo el sacristan, que en su doble cualidad de representante de la Iglesia y del Estado en aquella reunion, se creia obligado á la mas completa fidelidad respecto de sus soberanos. Si es de institucion divina y legal que los niños, mientras se esté aun en la edad en que uno es niño, se porten como tales, es forzoso que los principes sean tambien niños en su infancia y que no puedan ser otra cosa.

— ¿Habeis oido hablar alguna vez de las sirenas? preguntó Juan Willet.

— Sí por cierto; he oído hablar, respondió el sacristán.

— Pues bien, dijo Willet, según la naturaleza de las sirenas, todo lo que en ellas no es mujer debe ser pez, y según la naturaleza de los príncipes niños, todo lo que en ellos si es posible no es realmente ángel, debe ser divino y legal. Por consiguiente, es conveniente, divino y legal que los príncipes en su infancia sean niños, son y deben ser niños, y es enteramente imposible que sean otra cosa.

Habiendo sido recibida esta demostración de un punto tan espinoso con muestras de aprobación propias para poner á Juan Willet de buen humor, se contentó con repetir á su hijo la orden de guardar silencio, y añadió dirigiéndose al desconocido:

— Caballero, si hubiérais hecho vuestra pregunta á una persona de edad, á mí ó á uno de estos señores, no habríais perdido el tiempo en vano. La señorita Haredale es sobrina del señor Godofredo Haredale.

— ¿Existe su padre? preguntó el desconocido.

— No, respondió el posadero, no existe ya, y no ha muerto.

— ¡No ha muerto!

— No ha muerto como se muere generalmente, dijo el posadero.

Los tres amigos inclinaron uno hacia el otro sus cabezas, y Parkes meneando durante algunos segundos la suya como para decir: « Que nadie me contradiga sobre este punto, porque nadie me hará creer lo contrario, » dijo en voz baja:

— Juan Willet está admirable esta noche y sería capaz de discutir con un presidente de tribunal.

El desconocido dejó trascorrir algunos momentos sin pronunciar una palabra, y preguntó después con un tono bastante brusco:

— ¿Qué queréis decir?

— Mas de lo que os figurais, amigo, respondió Juan Willet; en estas palabras hay tal vez mas trascendencia de lo que podeis sospechar.

— Podrá ser muy bien, dijo el desconocido con aspereza; pero ¿por qué hablais de una manera tan misteriosa? Decís en primer lugar que un hombre no existe ya y que sin embargo no ha muerto; añadís que no ha muerto como se muere generalmente, y decís después que estas palabras tienen mas trascendencia de lo que me figuro. Os repito que no entiendo esa jerigonza.

— Perdonad, caballero, respondió el posadero picado en su honrilla y en su dignidad por el tono áspero de su huésped; no extrañéis mis palabras porque se refieren á una historia del Maypole que tiene cerca de veinte y cuatro años de fecha. Esta historia es la de Salomon Daisy, pertenece al establecimiento, y nadie mas que Salomon Daisy la ha contado jamás bajo este techo, y lo que es mas, nadie la contará nunca mas que él.

El posadero lanzó una mirada al sacristán.

Este, cuyo aire de importancia indicaba bien á las claras que era él de quien acababa de hablar el posadero, habia principiado por quitarse la pipa de los labios después de una larga aspiración para conservar encendido el tabaco, y se disponia evidentemente á contar su historia sin hacerse de rogar. El desconocido recogió entonces la capa, y retirándose del hogar, se encontró casi perdido en la oscuridad del rincón de la chimenea, á no ser cuando la llama, llegando á desprenderse por algunos momentos de debajo del tizon, brotaba con súbito y violento resplandor, é iluminaba su rostro para hundirlo después en una oscuridad mas profunda que antes.

Salomon Daisy dió comienzo á su historia al resplandor de esta luz chispeante que hacia que la casa con sus pesadas vigas y sus paredes ahumadas pareciese construida de lustroso ébano, y en tanto que el viento rugía en el exterior, ora sacudiendo con toda su fuerza el picaporte, ora haciendo rechinar los goznes de la sólida puerta de encina, ora azotando los tejados como si quisiera hundirlos.

— Reuben Haredale, dijo el sacristán, era el hermano mayor de Godofredo.

El historiador encontró al pronunciar estas palabras una dificultad é hizo una larga pausa, la cual causó impaciencia al mismo Juan Willet que preguntó:

— ¿Por qué no continuais?

— Cobb, dijo Salomon Daisy bajando la voz é interpellando al dependiente de correos, ¿á cuántos estamos del mes?

— A diez y nueve.

— De marzo, añadió el sacristán haciendo un ademán de asombro; el diez y nueve de marzo. Es extraordinario.

Todos repitieron en voz baja que era muy extraordinario, y Salomon continuó:

— Reuben Haredale, hermano de Godofredo, era hace veinte y dos años el propietario de la Garenne, la cual Garenne, como ha dicho José (no porque él se acuerde de tal cosa, porque es muy niño para acordarse de un hecho tan antiguo, sino porque me lo ha oído decir), era una hacienda mas vasta y mejor, una propiedad de un valor mucho mas considerable que en el dia. Su esposa acababa de morir dejándole una hija, la señorita Haredale, objeto de vuestras preguntas y que contaba entonces apenas un año.

Aunque el orador se dirigia al hombre que con tanta curiosidad queria informarse de la familia, y habia hecho una pausa como si esperase alguna exclamación de sorpresa ó de interés, el desconocido no hizo observación alguna, ni el menor ademán que pudiera hacer creer siquiera que hubiese oído lo que se acababa de decir. Salomon se volvió por consiguiente hacia sus

amigos, cuyas narices estaban brillantemente iluminadas por el resplandor rojizo de sus pipas, y seguro por una larga experiencia de su atención, y resuelto á hacer ver que conocia todo lo indecoroso de semejante conducta, continuó volviendo la espalda al desconocido:

— M. Haredale se alejó de la hacienda después de la muerte de su esposa, y partió á Londres donde permaneció algunos meses; pero hallándose en la ciudad tan aislado como aquí (lo supongo al menos y siempre lo he oído decir), regresó de pronto con su hija á la Garenne, acompañado aquel dia tan solo de dos criadas, su mayordomo y un hortelano.

Salomon Daisy se interrumpió para activar el fuego de su pipa que iba á apagarse, y continuó al principio con tono gangoso causado por el amargo aroma del tabaco y la enérgica aspiración que reclamaba la pipa, pero después con voz cada vez mas clara:

— Aquel dia le acompañaban dos criadas, su mayordomo y un hortelano; el resto de la servidumbre se habia quedado en Londres y debía venir al dia siguiente. Fué el caso, que en aquella misma noche un caballero anciano que habitaba en Chiqwellrow, donde habia vivido pobremente muchos años, entregó su alma á Dios, y recibí á las doce y media de la noche la orden de ir á tocar las campanas por el difunto.

En este momento se advirtió en el grupo de los oyentes un movimiento que indicó de una manera visible la gran repugnancia que á cada uno de ellos hubiera causado el tener que salir á tales horas y para semejante encargo. El sacristán reparó en este movimiento, lo comprendió y por consiguiente desarrolló su tema diciendo:

— Sí, no era cosa muy divertida, y el caso se hacia mas crítico por cuanto el enterrador estaba enfermo á causa de haber trabajado en un terreno húmedo y por haberse sentado para comer sobre la losa fria de un sepulcro, y me era absolutamente indispensable ir solo, porque ya podeis figuraros que á una hora tan avanzada me quedaban pocas esperanzas de encontrar algun compañero. Me hallaba sin embargo preparado, pues el anciano caballero habia pedido repetidas veces que tocasen á muerto cuanto antes fuese posible después de su postrer suspiro, y hacia algunos dias que se esperaba de un momento á otro su muerte. Hice, pues, de tripas corazón, y abrigándome bien porque el frio partia las piedras, salí de mi casa llevando en una mano mi farol encendido y en la otra la llave de la iglesia.

Al llegar á esta parte del relato el vestido del desconocido produjo un leve rumor como si su dueño se hubiese movido volviéndose para oír mejor al sacristán. Salomon miró de reojo, levantó las cejas, inclinó la cabeza y guiñó á José como para preguntarle si aquel misterioso personaje cambiaba de actitud para escuchar

le. José se puso la mano delante de los ojos para evitar el brillo del fuego, dirigió una mirada escudriñadora al rincón, y no pudiendo descubrir nada movió la cabeza en señal de negativa.

— Era precisamente una noche como esta. Silbaba el huracan, llovía á torrentes y el cielo estaba negro como boca de lobo. Todas las puertas estaban bien cerradas, todo el mundo se hallaba recogido en su casa, y tal vez sea yo el único que sepa en realidad lo negra que era aquella noche. Entré en la iglesia, até la puerta por detrás con la cadena de modo que quedara entornada, porque á decir verdad, no me hubiera gustado quedarme allí solo y encerrado; y dejando el farol en el poyo de piedra, en el rincón donde está la cuerda de la campana, me senté á un lado para despabilar la vela.

Me senté, pues, para despabilar la vela, y cuando acabé de despabilarla, no pude resolverme á levantarme ni á tocar la campana. No acierto á explicarme lo que me sucedió, pero lo cierto es que principié á pensar en todas las historias de duendes que habia oído contar, hasta las que habia oído contar cuando era niño é iba á la escuela, y que habia olvidado hacia mucho tiempo. Y advertid que no acudian á mi memoria una tras otra, sino todas á un tiempo y como en montón.

Me acordé de una historia de nuestra aldea, según la cual habia una noche en el año, ¿y quién me aseguraba que no fuera aquella misma noche? en que todos los muertos salían de debajo de la tierra y se sentaban en el borde de sus sepulturas hasta la mañana siguiente. Esto me hizo pensar en que muchas de las personas que habia conocido estaban enterradas entre la puerta de la iglesia y la del cementerio, y que seria muy terrible tener que pasar entre ellas y reconocerlas, á pesar de sus caras de color de tierra y de haberse desfigurado desde su muerte. Conocia como los rincones de mi propia casa todos los arcos y nichos de la iglesia, y sin embargo no podia persuadirme de que fuese su sombra la que veía en las losas, pero estaba convencido de que habia allí una multitud de feos figuras que se ocultaban entre las sombras para espiarme. En medio de mis reflexiones empecé á pensar en el anciano que acababa de morir, y hubiera jurado cuando miraba hacia el centro del templo que lo veía en su sitio acostumbrado, cubriéndose con su mortaja y estremeciéndose como si tuviera frio. Y en tanto estaba sentado escuchando y sin atreverme casi á respirar. Por último me levanté de pronto y cogí la cuerda con las dos manos. En aquel mismo momento sonó, no la campana de la iglesia, porque apenas habia tocado á la cuerda, sino otra campana.

Oí el tañido de otra campana, pero al instante se llevó el viento el sonido que fué apagándose, apagándose, hasta que no oí mas que el rumor de la lluvia. Presté el oído largo rato pero en vano. Habia oído contar que los muertos tenían velas, y llegué á persuadirme de que tambien podían tener una campana que tocase por sí sola á media noche por los difuntos. Toqué entonces mi campana, no sé cómo ni cuánto rato, corrí á mi casa sin mirar si me seguian ó no y me zambullí en la cama tapándome la cara con la manta aun después de haber apagado la luz.

Me levanté al dia siguiente muy temprano tras una noche sin sueño y conté mi aventura á mis vecinos. Algunos la escucharon formalmente, otros se rieron de mí, y creo que en el fondo todos estaban convencidos de que habia sido un sueño. Sin embargo, aquella misma mañana encontraron á Reuben Haredale asesinado en su alcoba: tenia en la mano un pedazo de cuerda atada á una campana de alarma que habia sobre el tejado, y esta cuerda habia sido cortada sin duda alguna por el asesino al tiempo de cogerla su víctima.

Aquella era la campana que yo habia oído.

Se encontró una papelería abierta, y habia desaparecido una arquilla que M. Haredale habia traído el dia anterior y que se creía llena de dinero. No estaban ya en la casa el mayordomo y el hortelano, y se sospechó de los dos durante mucho tiempo, pero no se les pudo encontrar por mas que se les buscó en todo el reino. Muy difícil hubiera sido buscar al mayordomo, el pobre Rudge, porque algunos meses después se encontró su cadáver tan desfigurado, que no hubieran podido reconocerlo á no ser por su vestido y por el reloj y el anillo que llevaba. Estaba en el fondo de un estanque, dentro de la hacienda, con una ancha herida en el pecho, causada por un puñal, y medio desnudo; y todo el mundo sospechó que se hallaba en su cuarto dispuesto á acostarse, pues se encontraron en la cama y en el aposento manchas de sangre, cuando le acometieron súbitamente antes de matar al amo.

Las sospechas recayeron entonces en el hortelano que debia ser indudablemente el asesino, y aunque desde aquella época no se ha oído hablar de él hasta ahora, grabad bien en la memoria lo que voy á deciros. El crimen se cometió hace veinte y dos años, dia por dia, el diez y nueve de marzo de 1753. El 49 de marzo de un año cualquiera, poco importa cuándo, pero lo sé, me consta, estoy seguro, porque de una manera ú otra y por una coincidencia extraña, hablamos en este mismo dia del acontecimiento desde que tuvo lugar; digo, pues, que el 49 de marzo de un año cualquiera, tarde ó temprano, será descubierto el asesino.

II.

— ¡Extraña historia! dijo el desconocido, y mas extraña aun si se realiza vuestro vaticinio. ¿Y á eso se reduce todo?

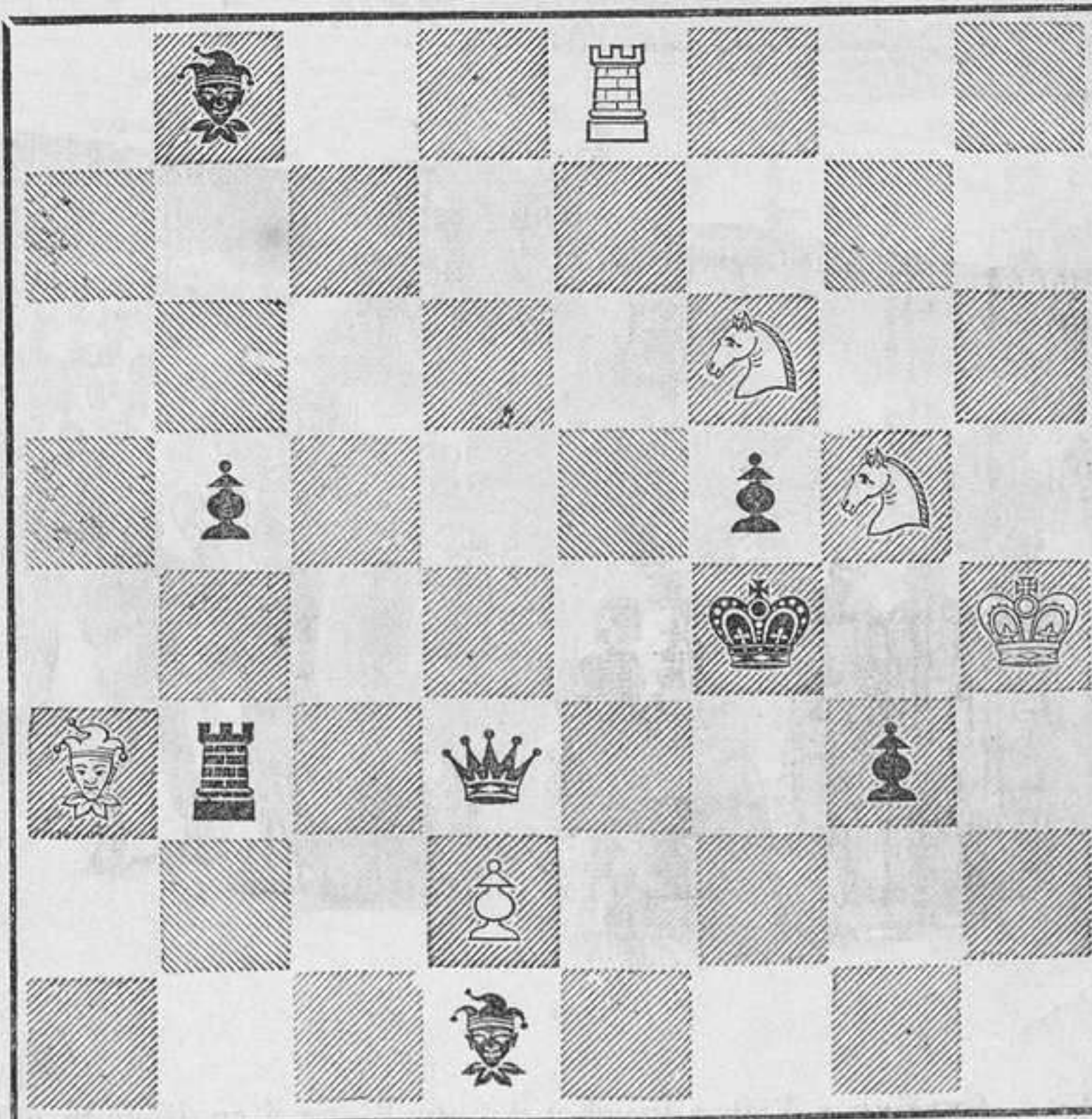
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 330

- 1 R 7ª R C toma C mejor.
- 2 Rª 1ª CR ?
- 3 Rª A ó T jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 331, POR M. CAROLUS B.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Una pregunta tan inesperada no ofendió á Salomon Daisy. A fuerza de contar esta historia con frecuencia y de embellecerla, segun se decia en la aldea, con algunas adiciones que le sugerian de vez en cuando sus diversos oyentes, habia llegado por grados á producir grande efecto al contarla, y por cierto que no se esperaba aquel: « ¿y á eso se reduce todo? » despues del crescendo de interés.

— ¿A eso se reduce todo? repitió el sacristan; sí, señor; me parece que es bastante.

— Tambien á mí me lo parece. Muchacho, ensillame el caballo. Es un mal rocinante alquilado en una casa de postas del camino, pero es preciso que ese animal me lleve á Lóndres esta noche.

— ¡Esta noche! dijo José.

— Esta noche. ¿De qué te admiras? Esta taberna es por lo visto el punto de reunion de todos los papamoscas de la comarca.

Al oír esta evidente alusion al examen que se le habia hecho sufrir, como hemos mencionado en el capítulo anterior, los ojos de Juan Willet y de sus amigos se dirigieron otra vez hácia el caldero de cobre con una portentosa rapidez. No sucedió lo mismo con José, mozo intrépido que sostuvo con descaro la mirada irritada del desconocido y le respondió:

— No creo que sea una cosa del otro mundo admirarse de que partais esta noche. A buen seguro que os habrán hecho mas de una vez en otras posadas una pregunta tan inofensiva, y especialmente con un tiempo mejor que el que hace esta noche. Suponia que no sabiais el camino, porque no parece que seais del pais.

— ¿El camino? repitió el desconocido desconcertado.

Pablo Verschneider, alferez de navío, muerto el 2 de diciembre.

— Sí: ¿Lo conoceis?

— Yo... yo lo buscaré, repuso el desconocido agitando la mano y volviendo la espalda. Cobrad, posadero.

(Se continuará.)

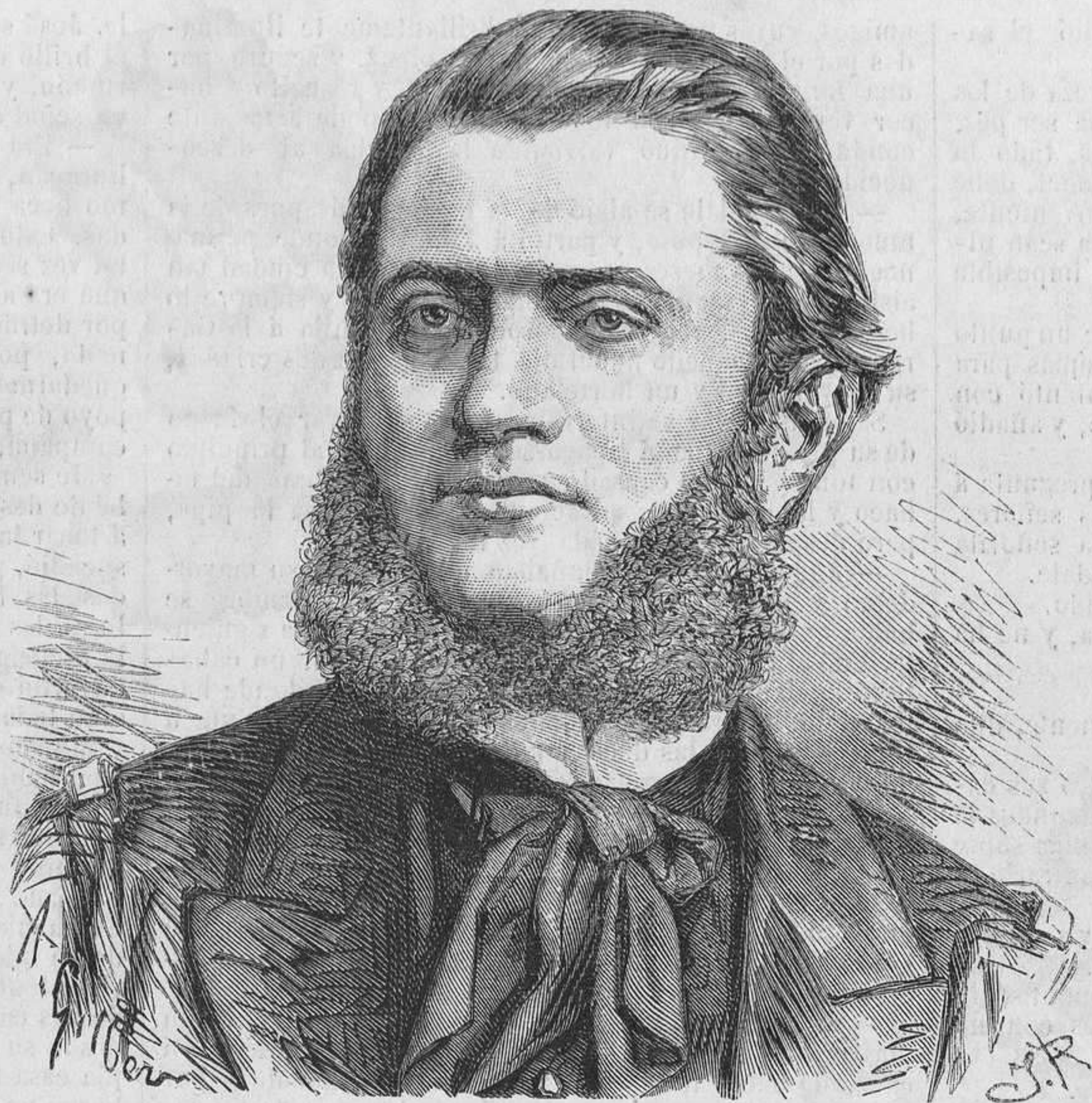
puentes en el Marne, y en el desempeño de este encargo le cayó una bomba que le dejó muerto instantáneamente.

P. P.

## M. Verschneider,

ALFÉREZ DE NAVIO

MUERTO EL 2 DE DICIEMBRE DE 1870.



M. Verschneider (María Carlos Leon) alferez de navío, es una de las gloriosas víctimas del sitio de Paris.

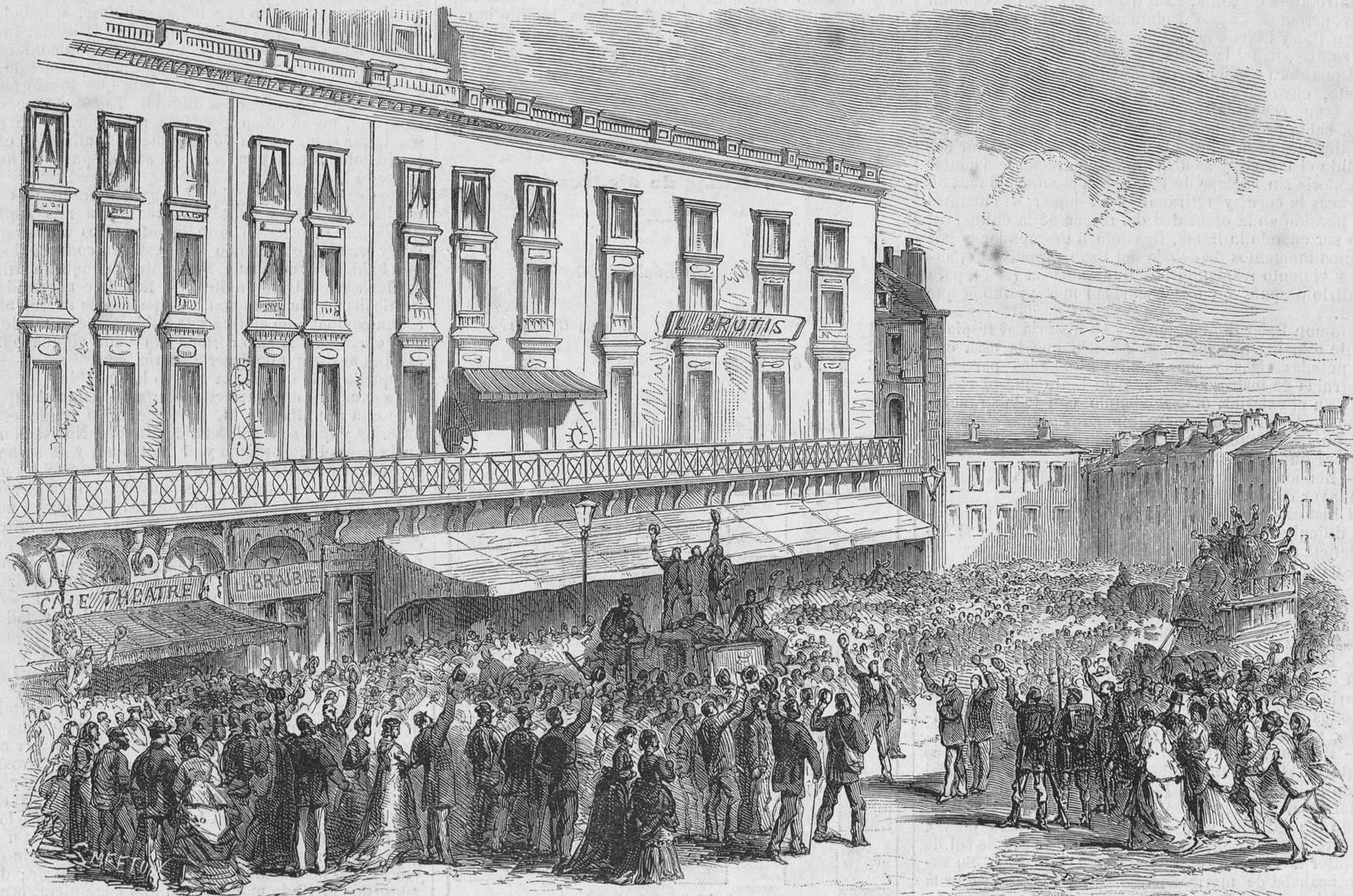
Nació el 26 de octubre de 1846, de modo que apenas tenia treinta y cuatro años, cuando fué muerto el 2 de diciembre de 1870 en el combate de Bric del Marne.

En 1865 se embarcó á bordo del *Juan Bart* como aspirante de segunda clase, é hizo allí su campaña de instruccion, despues de la cual fué colocado en el *Luis XIV*, navio-escuela de los artilleros.

Emprendió una expedicion á las Antillas y á la Guyana, de cuyas resultas ascendió á alferez de navío.

Hasta 1869 permaneció á bordo del *Casabianca* apostado en aquellas aguas y regresó á Francia en el momento en que se acababa de declarar la guerra.

El almirante de La Ronciere Le Nourry le agregó á su persona en clase de oficial de ordenanza, y le cobró la mayor simpatía. Habíale destacado con una mision particular con un oficial para la instalacion de



BURDEOS. — Ovacion á Victor Hugo y á Luis Blanc á su llegada á Burdeos.